



R. CORTI



UN MUERTO ACUSA

alf regaldie

Chick Power dejó su automóvil en la playa de estacionamiento.

Atravesó después la calle, nada frecuentada, para embocar en la calle siguiente.

Advirtió el joven que un hombrecillo le sonreía a la vez que apresuraba el paso para salirle al encuentro.

El hombrecillo debía andar más próximo a los sesenta que a los cincuenta, sus movimientos eran vivos y su manera de vestir, modesta, como vestían tantos y tantos ciudadanos americanos.

Poco antes de llegar a la altura del joven, se destocó el hombrecillo, que preguntó:

—¿Chick Power?



Alf Regaldie

Un muerto acusa

Bolsilibros - Servicio Secreto - 608

ePub r1.0

Lds 02.10.17

Título original: *Un muerto acusa*

Alf Regaldie, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





CAPÍTULO PRIMERO

Chick Power dejó su automóvil en la playa de estacionamiento.

Atravesó después la calle, nada frecuentada, para embocar en la calle siguiente.

Advirtió el joven que un hombrecillo le sonreía a la vez que apresuraba el paso para salirle al encuentro.

El hombrecillo debía andar más próximo a los sesenta que a los cincuenta, sus movimientos eran vivos y su manera de vestir, modesta, como vestían tantos y tantos ciudadanos americanos.

Poco antes de llegar a la altura del joven, se destocó el hombrecillo, que preguntó:

—¿Chick Power?

Se advertía, claramente que la pregunta era innecesaria y que el hombrecillo conocía perfectamente al famoso pugilista.

—El mismo, amigo. ¿En qué puedo servirle?

Chick tenía bastante prisa, pero sabía perfectamente el precio que debía pagar a su popularidad creciente, y que según su entrenador Barry Duncan, debía cuidar tanto como su entrenamiento.

El hombrecillo llevó la diestra a un bolsillo interior de su americana y sacó un sobre.

Mientras maniobraba, no dejaba de sonreír, dando la impresión de que se burlaba de la impaciencia que Chick trataba de reprimir.

Del sobre extrajo una fotografía que estaba vuelta boca abajo.

—¿Un autógrafo? —preguntó Chick preparando su bolígrafo.

—Precisamente...

La voz del hombrecillo sonaba con cantarina malicia.

Dio la vuelta a la cartulina y Chick estuvo a punto de caerse de espalda.

El hombrecillo sonrió con expresión bondadosa. En su mirada brillaba una lucecilla de orgullo profesional. Y dijo en tono de comentario:

—Les saqué estupendamente. Ella está muy linda. Una magnífica hembra, amigo Chick. Tiene usted buen, gusto...

Las manos de Chick se crisparon y dio la impresión de que iban a volar al cuello del hombrecillo.

Éste, por toda defensa, puso la fotografía por delante. Y manifestó en tono humorístico:

—Nada de violencias, por favor. Podría trascender y a ella no le gustaría. Usted ya sabe lo bestia que es Clive Greenwood...

Movió la cabeza en sentido negativo, produjo unos suaves chasquidos con la lengua y el paladar y prosiguió diciendo:

—Sería capaz de hacerla matar a ella, y usted tampoco lo pasaría nada bien...

De rápido zarpazo arrancó Chick la fotografía al hombrecillo y se dispuso a romperla.

Pero le contuvo la sonrisa entre burlona y maliciosa del hombrecillo, que dijo:

—Haría usted muy mal. Eso es una verdadera obra de arte. Además, existe el negativo. Y usted ya sabe, de un negativo se pueden sacar muchas copias, montones de copias. ¿Se imagina una lluvia de copias distribuidas por todas las cadenas de Prensa? ¿Y luego los millones de ejemplares que publicarían tales copias?

—¿Cuánto quiere por el negativo?

—Nada. Yo no trabajo así, amigo Power.

—No me llame amigo, sucio chantajista...

—Por favor, Power. Un hombre como usted no debe pronunciar esas palabras. Yo soy un artista...

Volvía a mostrar un gracioso orgullo profesional mientras Chick recibía la impresión de que le retorcían las tripas.

—Ella ha salido maravillosa. La chica lo vale, hay que reconocerlo, sí, señor. Y usted está espléndido, Chick. Posee usted una musculatura joven, equilibrada, jugosa... Comprendo que ella se vuelva loca por usted, sí, señor...

—Pida de una vez. Tengo prisa...

—Sé que ella le espera; pero sé también que no ha llegado aún...

El hombrecillo se empinó sobre las puntas de los pies para poder

ver la fotografía que Chick mantenía en sus manos.

—¡Ha salido estupenda, muy detallada, no hay duda alguna! El teleobjetivo es una cosa estupenda, y sobre todo, cuando lo maneja un artista, un verdadero artista...

—¿Hay más?

—Verá. Saqué varias. A veces se falla. Pero me quedé únicamente con ésta, es la mejor. Un verdadero artista tiene que saber desechar lo que no vale y tener el valor de destruirlo.

—Está hablando demasiado, hermano, y no dice lo que me interesa. ¿Cuánto?

—Verá, Chick. A mí no me gusta perjudicar a la gente. Usted tiene pasta de campeón, si no tiene una desgracia, llegará a serlo...

—Déjese de músicas y hable de una vez, ¿cuánto?

—Comprendo que tiene usted muchos gastos, y por otra parte, yo no quiero más que ir tirando. Sacar para mí y para «Priscilla», ¿comprende?

—No fastidie y diga lo que sea, sin abusar. Piense que se me podría ir una mano y...

—¡Sería un honor para mí! Pero yo soy un hombre sencillo, modesto, no busco que me distinga de esa manera.

Señaló Chick un gesto de impaciencia en su rostro, y el hombrecillo propuso entonces:

—¿Qué le parece diez dólares mensuales? Eso para usted es una bagatela, lo gasta en invitar a un amigo. Pagando así usted no lo siente y yo resuelvo mi vida.

Chick estuvo a punto de caer de espaldas, tal fue el asombro que le produjo la proposición.

Vio sonreír al hombrecillo y volvió a escuchar su voz:

—Ya le dije que no me gusta perjudicar a la gente. Quiero ir viviendo, sacar bastante para «Priscilla» y para mí.

Aclaró:

—«Priscilla» es mi gata, ¿sabe? Un animal limpio, cariñoso, comprensivo. Me entiende mejor que una persona...

Al advertir que Chick echaba mano a la cartera, se le alegró la mirada, el esmirriado cuerpecillo pareció bailar dentro del traje y alargó la mano izquierda a tiempo que decía:

—Puede llamarme Percy, simplemente. Me llamo Percyval, pero es demasiado para un fulano pequeñito como yo... Con Percy está

bien, ¿no le parece?

Tomó Percy los billetes de dólar que Chick le alargó, los cuales guardó sin contarlos.

—Si quiere, puede quedarse la fotografía. A mí no me hace falta...

—Tiene más, ¿no es así? —preguntó irónico Chick.

—Una tan sólo y el negativo. Pero están en lugar seguro, del cual saldrían tuncamente en el caso de que me sucediese algo malo. Por ejemplo, un atropello, un golpe...

—¿Y hemos de estar expuestos los demás a que le pueda suceder un accidente?

—Hijo mío. En la vida se expone uno continuamente. Nosotros lo ignoramos, pero la muerte nos ronda en todo momento... Atropellos, incendios, infecciones... ¡Es terrible! ¿Se la queda?

—Sí, me la quedo...

—No la rompa. Créame, cuando se vea dentro de un rato, tranquilo ya, se dará cuenta de que es una verdadera obra de arte... Y se alegrará de tenerla, ¡sí, señor!

—Estoy seguro de ello —bromeó Chick.

—Tiene usted fama de buen encajador, y no hay —duda que lo es, Chick. Le deseo mucha suerte y muchos éxitos... ¡Ah! Y hasta el mes que viene.

—Yo también le deseo mucha suerte, Percy...

—Es lo mejor, ¡sí, señor! Desearnos suerte los unos a los otros. Así la vida es amable, una verdadera delicia...

Era evidente que aguardaba a que fuese Chick el que iniciase primero la marcha y prosiguió hablando:

—Cuando sea anciano, se alegrará de ver esa fotografía. Le recordará estos tiempos esplendidos...

Suspiró y dijo:

—¡Dichosa juventud, sí, señor! Nadie sabe lo que vale más que el que la pierde.

En vista de que Chick no se movía, siguió diciendo:

—Ya ha visto que soy muy considerado. Eso puede perder valor cualquier día, tan pronto Clive Greenwood y ella riñan... Yo podría sacarle todo el partido ahora, pero yo sólo quiero sacar para vivir, para mí y para «Priscilla»...

En vista de que Chick no se movía, se fue retirando lentamente,

diciendo al cabo, cuando ya les separaban cuatro o cinco yardas:

—Recuerdo que tenía prisa, Power. Puede que ella esté allí... ¡Aprovéchese ahora que es joven! Ella lo vale...

* * *

Chick se movió con extraordinaria habilidad.

En ocasiones daba la sensación de que su corpachón se encogía hasta quedar reducido a dimensiones semejantes a las de la endeble figurilla que caminaba delante de él.

Llevaba más de dos horas siguiendo al viejo Percy y estaba seguro de que éste no había logrado descubrirle, de que no lo había visto una sola vez, aunque se había vuelto con cierta frecuencia.

Las precauciones que, en la última media hora había tomado el chantajista le hicieron entrever que Percy debía andar ya muy cerca de su domicilio.

En un momento lo perdió de vista y Chick se detuvo desorientado.

Volvió a descubrirlo escurriéndose entre dos transeúntes y volvió a desaparecer.

Chick aligeró el paso y aun cuando no volvió a ver al hombrecillo, adivinó que se había metido en un edificio de siete pisos, una verdadera colmena humana.

El joven le siguió y penetró en la casa, viéndose frente a una escalera de escalones desiguales, desgastados ya en algunas de sus partes por los millones de pisadas que se habían producido sobre ellos.

Chick se detuvo a escuchar y percibió el ruido de los pasos leves del hombrecillo.

Asomó el joven por el hueco de la escalera y advirtió que Percy subía bien pegado a la pared, tratando de evitar que lo descubriesen.

—El fulano me ha visto o, por lo menos, sospecha que le siguen.

Aquello le decidió a dejar de lado ya todas las precauciones y comenzó a subir con rapidez.

Por su parte, Percy se producía con una ligereza insospechada, teniendo en cuenta su aspecto físico.

—El fulano es de hierro —comentó para sí, Chick, sin abandonar

la persecución.

Al llegar el chantajista al tercer piso, se abrió una puerta, apareciendo en ella una espléndida pelirroja, muy joven, de formas sugestivas, bien silueteadas por su ropa ceñida.

Se dirigió al hombrecillo:

—Míster Bradock...

El chantajista mostró en su rostro un gesto de cómico pánico, y sacó el pulgar de su diestra por encima de su hombro, señalando hacia atrás.

—¡Sss! ¡Me persiguen, Ginny! ¡Me quieren matar!

La joven prestó atención a las pisadas de Chick que se oían más próximas por momentos.

—¿Quién?

—¡Me tienes que ayudar entreteniéndolo! Un minuto, Ginny... ¡Medio minuto!

No se detuvo Percy a escuchar la respuesta de ella, seguro de que le ayudaría.

La joven se hizo cargo a su manera de la situación y respondió:

—Descuide, míster Bradock. De ese gorila me encargo yo...

Aún no había terminado Ginny su respuesta, cuando ya Percyval había desaparecido de su vista.

La sugestiva joven volvió a meterse en su departamento, dejando la puerta entreabierta, espionando la Bagada de Chick.

Vio aparecer primero la cabeza del joven y luego sus anchos hombros de atleta.

Ginny abrió la puerta y salió, dando la impresión por su manera de comportarse, de que no había visto al joven.

La picante pelirroja dirigió una mirada a sus magníficas piernas, enfundadas en finas medias de nylon y reflejó en su rostro un gesto de alarma.

E inmediatamente se agachó, levantándose la falda casi hasta medio muslo como si hubiese descubierto, una supuesta carrera.

Al hacer el movimiento obstruyó el paso al joven, el cual no tuvo más remedio que detenerse antes de llegar al rellano de la escalera.

Silbó Chick reflejando en el silbido viva admiración.

Ginny, agachada como estaba, sin apartarse, dejó caer la falda y preguntó:

—¿Por qué diablos silba?

—¡Cáspita, es que...!

—¿No había visto nunca las piernas de una chica?

—En todo caso, no como las tuyas...

—¿Y eso le hace silbar?

—Verá, pelirroja. Es que se me cortó el resuello y tenía que echar el aire por algún sitio para no reventar...

—¡Bueno, si es así...!

Hasta entonces no se dio cuenta Chick de que aquello podía ser una trampa para ayudar a Percy a escapar.

Empleando una treta a su vez, fingió ir a besar violentamente a la muchacha.

Gritó Ginny, que dio un respingo, y se puso rápidamente de pie, dejando paso a Chick.

Y éste aprovechó la ocasión para lanzarse por el hueco, rebasó el rellano y se lanzó al asalto del resto de la escalera, subiendo los peldaños de cuatro en cuatro.

Rebasó el cuarto piso y logró divisar a Percy que se aproximaba al quinto.

Recibió Chick la impresión de que el viejo chantajista llegaba ya a su objetivo y realizó un esfuerzo, salvando a fantástica velocidad la distancia que le separaba de él.

Percy acusaba el esfuerzo realizado y la agitación que había hecho presa en él y falló la llave en el primer instante.

Pero acertó al segundo intento, abrió la puerta y se coló en su departamento, empujando con violencia la bola.

Chick metió el pie justo cuando la puerta se iba a cerrar, y evitó que se produjese tal cosa.

E inmediatamente metió el hombro, empujó y la puerta se abrió con violencia, desplazando a Percy, que fue a parar contra la otra pared.

Chick entró y se cruzó de brazos mientras que Percy permanecía sentado en el suelo, apoyado contra la pared, mirando al joven con expresión que reflejaba asombro y no poco miedo.

—Descubrí su madriguera, Percy.

—Soy un artista, muchacho. Y a un artista no se le puede tratar así.

—Es usted un maldito, chanta...

—¡Sss! Ella no lo sabe, por favor...

Se oían los pasos rápidos de Ginny que subía corriendo, recogiendo sus estrechas faldas por encima de las rodillas para que le permitiesen desplazarse con más rapidez.

Llegó arriba resoplando y se detuvo al llegar junto a Chick.

Casi sin poder hablar, explotó diciendo:

—¡Es usted un grandísimo fresco!

—Cuidado, que va a reventar, pelirroja. Y sería una verdadera lástima, porque es usted una verdadera golosina.

Respiraba Ginny de manera ansiosa, dando la sensación de que le faltaba aire, hinchando y deshinchando el pecho con verdadera fuerza.

Se percibió un leve crujido y la joven pareció más aliviada.

Sonrió Chick, que dijo:

—Parece que se le ha saltado un botón...

Dirigió una golosa mirada al busto de la chica y siguió diciendo:

—Parece que todo es de verdad, como debe ser.

—¡Oiga! ¿Qué se ha creído?

—Si hiciese ejercicio, no se cansaría tanto...

—¡Métase en lo que le importa!

—Es usted la que se ha cruzado en mi camino. Y además, me importa.

Ginny no encontró respuesta para Chick y dirigió una mirada de asombro a Percy.

Una preciosa gata de angora había salido del interior de la casa, miró con expresión de curiosidad a Chick, mayó débilmente y se acercó a Percy buscando sus caricias.

El chantajista presentó:

—Es «Priscilla».

—Encantado de conocerte, «Priscilla» —bromeó Chick—. Espero que tendrás maravillosas fotografías con hermosos gatos de la vecindad.

Ginny había logrado recobrarse; temió que se las había con un loco y preguntó a Percy:

—¿Qué le pasa al gorila éste?

—Fíjate bien, Ginny. No es un gorila. Es Chick Power, el pugilista. Madera de campeón, te lo digo yo...

Se disponía a soltar la lengua, pero lo detuvo en seco una

mirada de Chick.

Ginny dijo despectiva:

—¡Pugilista! No podía ser otra cosa...

Percy pidió:

—Déjanos solos un momento, Ginny. Después te haré una visita.

—Sí, míster Bradock.

Dio media vuelta disponiéndose a marchar. Pero se detuvo de pronto, miró a la nariz de Chick y al fin adelantó una mano y se la tocó.

—Es cierto. Pugilista... —Manifestó al advertir que la nariz cedía a la presión de sus dedos.

Y se alejó, jugando graciosamente sus nalgas que parecían querer estallar bajo la tela.

Bajó dos escalones, se detuvo y se volvió, mirando con expresión desafiadora a Chick.

—Nos veremos las caras. Y no me gusta cómo ha tratado a míster Bradock, no señor... Pero parece que hay demasiados jóvenes como usted. No saben respetar a todo un señor...

CAPÍTULO II

Percy se levantó manteniendo a «Priscilla» en sus brazos.

—No es necesario que hable, Power. Le comprendo perfectamente.

—Menos mal...

—Pero siento de verdad que usted no me comprenda a mí. En el «ring» es usted un chico inteligente.

—Pero parece que fuera del «ring» soy un bestia.

—Yo no diría eso. Ha perdido usted los nervios, Power.

—Pensé que usted debe tener muchos enemigos y que le puede ocurrir un «accidente». ¿Qué le sucedería a ella entonces, cuando apareciese todo? El hombre sabe saber proteger a la mujer...

—Ya le he dicho que le comprendo.

—¿Entonces, no será necesario que le aplaste?

—¿Dejar sin amparo a mi pobre «Priscilla»? Nada de eso. Yo soy un artista, que quiere decir un hombre inteligente. Y sé perfectamente cuándo he perdido.

—Está bien. Suelte eso...

—Voy a confiar en usted, Chick. Y usted debe contar en mí.

—Veamos eso.

—Me aguardará dentro de media hora en «East River Club»...

—No haré tal cosa, Percy. No me moveré de aquí y además, me dejaré a «Priscilla» como prenda.

El chantajista se sintió vencido. Dobló la cabeza y musitó:

—Está bien.

Luego entregó la gata a Chick, salió sin cerrar la puerta y comenzó a descender las escaleras lentamente.

Chick se sintió divertido. Se dejó caer en una robusta butaca y aguardó acariciando a la gata que se acurrucó entre sus piernas,

sintiéndose a gusto.

Antes de treinta minutos estaba Percy de regreso, acompañado por Ginny, que había cambiado de ropa, poniéndose más atractiva.

—Cáspita, Ginny. Está usted casi deslumbradora...

—Deje quieta la sin hueso, amigo. No creará que me he arreglado por usted.

—Seguro que no. Pero ¡diablos! Está usted como para conmover a un bicho de esos que son todo huesos y que están en el Museo de Historia. Natural.

Ginny se sintió halagada, pero intentó disimularla, consiguiéndolo a medias nada más.

Percy se volvió a la joven, para decirle:

—Verás, Ginny. Chick es sobrino lejano mío. Yo estoy realmente en deuda con él. Se trata de un recuerdo familiar que le corresponde.

—No me gustó cómo llegó el fulano, mister Bradock.

—Sin embargo, él tiene razón.

Percy alargó un sobre a Chick. En la mirada del chantajista leyó el joven la súplica. Le pedía que no lo abriese allí.

—Eso es lo tuyo, Chick.

Había retirado el tratamiento al joven para dar realmente la impresión de que era un familiar.

—De acuerdo, Percy. Gracias...

El joven estaba seguro de que en aquella ocasión no había engaño por parte del hombrecillo.

Se sintió conmovido y echó mano a su cartera, apartando de ella cuarenta dólares que entregó al viejo.

—Habrá tenido sus gastos, Percy.

Chick se volvió a Ginny y explicó:

—No se trata solamente de un recuerdo, sino de una verdadera obra de arte, ¿comprende?

—Sí...

Ginny, al responder, arrastró la sílaba. Luego dijo a Percy, señalando un gesto picaresco en su rostro:

—Estuve en el «Zoo» más de una vez y nunca oí hablar a los gorilas. Pero a éste se le entiende bien...

—Es un buen chico, Ginny. Y tiene madera de campeón.

Chick, obedeciendo a un impulso instintivo, extrajo de su cartera

dos entradas, las cuales alargó a Percy.

—Son dos sillas de «ring» para el viernes. Si les divierten los juegos de gorilas, pueden darse una vuelta por allí...

Tiró del bigote a «Priscilla», la cual devolvió a su dueño.

—Es simpática y está bien educada, Percy. Me enternezco cuando observo que alguien sabe tratar a estos seres delicados...

Guiñó un ojo significativamente, volvió a dirigir una mirada golosa a Ginny y marchó a tiempo que se despedía:

—Espero que nos veremos pronto.

Antes de desaparecer, cuando la cabeza le quedaba a la altura del rellano, se volvió para mirar las piernas a Ginny y volvió a silbar admirativamente.

Le pelirroja se ciñó las faldas a las piernas, agachándose para ello y gritó:

—¡Gorila! ¡Maldito cerdo!

Luego refunfuñó:

—¿Es que no le habrá visto nunca las piernas a una chica?

—No estoy enterado de su vida. Puedes preguntárselo. Y si tanto le entusiasman las tuyas, creo que puedes invitarlo a que te vea bailar un día.

—¡Yo no bailo para gorilas!

* * *

Budd Taylor, el promotor de boxeo, y Barry Duncan, entrenador de Chick, cambiaron una mirada de inteligencia al ver entrar al joven en el despacho del promotor.

En las miradas de ambos había también un fondo de inquietud.

—¡Hola! —saludó Chick.

—¿Qué hay, muchacho? Siéntate —respondió Taylor, el cual señaló un asiento a Chick.

Duncan tiró del ala de su sombrero, encajándolo bien en su frente y se limitó a decir:

—¡Hola!

—¿Le ha dicho Barry que estoy como nunca? —preguntó Chick.

—Sí. Estamos seguros de que serás un gran campeón.

—Trituraré a Nick... —dijo con decisión.

Las palabras del joven pugilista parecieron descargar sobre los

dos hombres que permanecieron observando en silencio.

Al fin dijo Taylor:

—Tú no harás eso, Chick.

—¿Cree que no podré? —preguntó el joven asombrado.

—Estoy seguro de que podrás. Nick es una sombra de lo que fue...

—No tanto como eso. Está pasado, pero pega aún. Lo sé bien.

—Pega y encaja; pero no para ponerse frente a ti...

—¿Y para qué vuelve? —preguntó.

—Hace falta que vuelva. Es su nombre, da ambiente a la cosa y arrastrará a la sala a muchos viejos aficionados.

—De acuerdo... ¿Y eso qué tiene que ver para...?

Duncan interrumpió:

—Escucha, Chick. Parece que la vuelta de Nick ha costado bastante dinero. Él se lleva lo suyo y luego está la propaganda...

—Sí, claro...

—Se necesitan dos combates para que la cosa de resultado...

—Bien. Le zurro y le doy revancha.

—Eso no se puede hacer así. Si le zurras, está todo perdido. No se puede volver a montar otra pelea —aseguró Taylor.

Chick miró con expresión de asombro a Duncan, que aprobó con la cabeza, diciendo:

—Es así, Chick. Tú perderás el primer combate por poco margen, eso sí. Y en el segundo puedes hacer lo que te de la gana. Si machacas a Nick, tanto mejor. Le habremos sacado ya lo nuestro.

—¡Yo no hago una cochinada así! —chilló el joven.

—No serás campeón —afirmó Taylor.

Duncan conocía a su impulsivo «pulain» y adelanté una mano para contenerlo, diciendo luego:

—Greenwood ha puesto mucha pasta por delante y necesita que las cosas sean así, como decimos. Alguien apostará en contra tuya y los beneficios serán para ti...

—¡No me importa nada de eso!

—Pero te importa Joyce, ¿no es eso? —pregusté Taylor de improviso.

—¿Qué sucede con Joyce? —preguntó Chick desafiador.

—Eso lo sabes tú mejor que nadie. Si Greenwood se entera, ella será un cadáver más. ¿Tú quieres que suceda una cosa así? —

inquirió Taylor.

—Chantaje... —murmuró el joven, recordando a Percy.

—Esas palabras suenan mal. Olvídalas. ¡Serás un gran campeón, muchacho! En el segundo combate puedes hacer lo que quieras. Será al mes del primero...

—Te conviene —manifestó Duncan—. Eso o nada. Y ya sabes. Todo se habrá perdido, yo...

Enseñó las palmas de sus manos al joven pugilista.

—Mi esperanza eres tú, Chick. Eres mi obra de arte. Gasté lo mío contigo. Creo que no es mucho pedir que me lo compenses un poco ahora que llega nuestra hora...

—Todos los grandes pugilistas tienen una derrota —aseguró Taylor.

En un momento perdió Chick el respeto a los dos hombres y murmuró:

—¡Sois unos cerdos!

En sus palabras había una concesión y los dos compinches se miraron con alegre expresión.

—Está bien, hombre. Es la vida. Y la tranquilidad de Joyce merece ese sacrificio. Parece que ella te quiere de verdad —dijo Taylor.

Chick se había olvidado en aquel momento de todo, hasta de las entradas que había dado a Percy.

Se levantó sin responder. Pero los otros sabían que no tenía más remedio que aceptar. Habían podido vencer la gran dificultad.

Caminó Chick lentamente en dirección a la salida.

Taylor hizo una seña al entrenador y éste se levantó, caminando silencioso detrás del joven.

Descendieron las escaleras sin hablar.

Una vez en la calle, Chick se dirigió hasta su coche. Se metió en él y cerró la portezuela con ira, sin querer ver a Duncan que había llegado hasta allí.

—Lo siento más que tú, Chick. Me ha sido impuesto... Tú eres mi obra de arte y comprenderás que les ha costado hacerme ceder...

Hablaba el entrenador con voz suave, dolida.

Chick, sin responder, puso el motor del coche en marcha, produciendo el suficiente estruendo como para ahogar las últimas palabras de Duncan.

Al ver el entrenador que Chick se disponía a arrancar, dijo:

—No querrás dejarme a pie.

La mirada de Chick se tornó agresiva al decir:

—Sois todos unos sinvergüenzas. Unos cochinos sinvergüenzas.

—Yo no, Chick, te lo aseguro. Te he mirado siempre como a un hijo. Y ellos... Bien, los negocios tienen sus cosas, ¿comprendes?

Sin aguardar la autorización de Chick, abrió la portezuela y se metió a su lado.

—Naturalmente, tú y yo no somos negociantes. Pero ellos sí, exponen mucha pasta, tienen que prever cosas...

—No quiero engañar al público...

—Al público hay que engañarlo, ¿no lo comprendes? Hay mucha gente que vive de los nombres. ¿No quieren nombres? Pues ahí les traemos a Nick Torton, a su famoso campeón. Tú lo podrías pulverizar a la primera, seguro, pero sería tonto... Lo pulverizarás a la segunda, e incluso tu bolsa se podrá doblar, porque entonces todo serán ganancias ya.

Chick dejó que el coche comenzara a deslizarse lentamente, buscando la salida del asfalto.

Duncan prosiguió:

—El primer combate lo harás bonito. Tendrán que verse tus posibilidades, pero perderás por un margen escaso de puntos. El público quedará en vilo, y luego...

Guiñó un ojo, sonrió con expresión maliciosa y dijo:

—¡Y entonces vendrá el combate de verdad, nosotros llenaremos la bolsa y el público se sentirá totalmente satisfecho! Habrá caído un nombre pero tendremos un gran campeón...

Duncan se entusiasmaba mientras hablaba.

Miró de reojo para Chick.

Éste lo advirtió y dijo, tal que si le obsesionase la idea:

—Tú también eres un sinvergüenza, Barry. Sabías perfectamente todo lo que tenía que suceder. Y habrás llevado a otros por el mismo camino. Tienes oficio, ¿no es así como se dice?

Duncan no se dio por ofendido y dijo:

—¡Eres mi obra de arte, Chick! El mundo no ha tenido otro peso medio como tú. ¿Y quién lo ha hecho? Sólo lo podía hacer Barry Duncan, y ese fulano soy yo...

Se detuvo unos instantes para mirar de soslayo a su «protegido».

Rió estrepitosamente y dijo luego:

—¡Claro que tú has puesto la madera, muchacho! Sin madera no se puede trabajar. Pero si la madera cae en manos de un inepto, ¿qué sucede? Pues que la echa a perder. ¡Justamente eso!

Consideró Duncan que volvía a ganar su autoridad al fijar posiciones exactas y se atrevió a dar una palmada en las espaldas del pugilista.

Luego dijo:

—Y ahora tienes que sonreír, tienes que mostrarte seguro de ti mismo. Vas a hacer unos entrenamientos sensacionales para que suban las apuestas...

Al advertir que Chick fruncía el entrecejo, guardó silencio.

Se mantuvieron así hasta hallarse cerca del cuartel de entrenamiento.

—Te esperan los chicos de la Prensa y bastantes aficionados. Se ha montado todo cuidadosamente. Tú eres un chico inteligente, Chick. Debes decir lo que hubieras hecho si te dejasen. Pulverizarías a ese fantasmón de Nick Torton que ni aún en sus mejores tiempos se hubiese podido poner frente a ti...

—No digas tonterías, Barry. Nick Torton fue un gran campeón. Yo podré igualarle y aún superarle. Pero él no fue un fantasmón. Puede que en vuestras manos haya comenzado a serlo ahora...

Dieron vista al cuartel de entrenamiento y descubrieron a la entrada un grupo de aficionados rodeando a redactores y fotógrafos de Prensa.

—Ahí los tienes —señaló Duncan—. Estos estúpidos trabajan para nosotros. Nosotros somos la noticia del día, lo que interesa. Ellos nos hacen la plataforma porque nos necesitan para vivir y se contentan con las migajas.

La expresión de Chick se tornó burlona.

Duncan siguió en tono bajo:

—Tienes que hacer una llegada espectacular, impresionante. Yo confío en ti y estoy seguro de que no nos romperemos el cuello... Supongo que los neumáticos estarán en buenas condiciones y los frenos perfectos, ¿eh?

Chick afirmó con la cabeza, lanzó el coche y luego cortó la respiración de la gente que aguardaba, al realizar una espectacular parada.

El asfalto pareció echar humo, chirriaron los frenos y los neumáticos resistieron por milagro.

Chick, sin dar importancia a la cosa, saltó del coche sin abrir la portezuela y sonrió a todos, estrechando las manos que se le tendían.

Estuvo a punto de hacerle tragar el bolígrafo a uno de los redactores al darle una afectuosa palmada ésa la espalda.

—¡Hola, Tim! ¡Vas a tener mucho que escribir de este combate! ¡Puedes decir que estoy en mi mejor momento!

Duncan, que había cerrado los ojos, los abrió, sonrió satisfecho y respiró a pleno pulmón.

—¡La vida es bella, qué diablos! —murmuró para sí.

Chick se movía con acierto, demostrando no solamente una gran agilidad muscular, sino envidiable agilidad mental.

Se colocó un puro nuevo en la boca y salió del coche sin prisa, cerrando la portezuela con estrépito para atraer la atención sobre él.

—Pueden decir también que Chick Power es mi auténtica obra de arte, el mejor peso medio de todos los tiempos, y es lo que va a demostrar el viernes ante el gran Nick Torton...

CAPÍTULO III

Chick Power tenía auténtica clase.

Bastaba verlo moverse en el «*ring*» para convencerse de ello.

Pegada dura, seca, precisa; extraordinario juego de piernas, siempre en línea; rapidez en los desplazamientos de sus manos.

Sabía dominarse en todo momento sin que su manera de producirse no dejase de resultar fogosa; y era rápido de reflejos.

Chick, frente a Nick Torton, aguantaba perfectamente el combate, dominándolo, aunque iba permitiendo de manera calculada que se mantuviese una ligera ventaja por parte de Nick.

A veces dejaba que la ventaja fuese mayor para producir luego una espectacular reacción que levantaba al público y que hacía sonreír a Budd Taylor, a Barry Duncan y sobre todo a Clive Greenwood, quien ocupaba una silla de «*ring*» junto a la sugestiva Joyce Steel, que seguía con mirada brillante las incidencias de la pelea.

Nick luchaba con fe, sin sospechar que era un pelele, un nombre, una sombra.

Se iba creciendo, entregándose por momentos al ver que si bien tenía frente a sí a un púgil de calidad, no era lo que le habían asegurado.

Consideró segura su victoria. Su vuelta al «*ring*» sería un éxito.

Iban transcurridos tres asaltos de la pelea concertada a doce.

Nick había hecho sus reflexiones durante el descanso y había preparado mentalmente su plan de ataque para terminar de imponerse en el cuarto asalto.

Percibía el rebullir del público a la expectativa, y a sus oídos llegaban las voces de sus incondicionales, animándole.

Otros animaban al joven Power. Pero también había quién se

burlaba de él porque no podía con el viejo campeón.

Nick se sentía deslumbrado por la presencia de Joyce; y sintió una rabia sorda al advertir que la sugestiva morena estaba pendiente de Chick, al cual animaba constantemente.

Decidió que atraería la atención de ella, aunque Nick no ignoraba que Joyce era la amiga de turno de Clive Greenwood, que Clive estaba loco por ella, y también que Clive era capaz de hacer matar a un fulano por una mujer como Joyce.

A pesar de todo aquello, Nick se encogió de hombros y decidió que él —o sus amigos también eran capaces de matar. Y que una hembra como Joyce bien valía la pena que se armase un poco de ruido con los escupe— plomo.

La campana avisó el comienzo del cuarto asalto.

Nick se levantó, adelantando sin prisa hacia el centro del «ring».

Quiso dar la sensación de que comenzaba a sentirse cansado.

Vio llegar a Chick con su paso elástico, dando la sensación de que no pisaba en el suelo.

Y el veterano desencadenó la tormenta de manera inopinada, esperando sorprender a Chick, al cual deseaba poner pronto al borde del fuera de combate.

El sorprendido resultó Torton al advertir la facilidad con que Chick sin «despeinarse», deshacía su ataque.

Aquello le hizo temer que el joven se había reservado hasta el momento, y la acción siguiente de Chick se lo confirmó.

El aspirante a estrella, una vez hubo deshecho el ataque del campeón, señaló una temida reacción y acorraló a Nick aunque éste no recibió ningún golpe que le pudiese poner en dificultad.

Se trabaron en un cuerpo a cuerpo que sirvió al campeón para descansar de su inútil ataque.

Aprovechó para mirar a Joyce, la cual animaba a Chick mientras que Clive sonreía de manera burlona.

Percibió Nick la sensación de que Chick le podía terminar si quería, o, cuando menos, que le podía administrar una soberana paliza; y se sublevó.

La sonrisa de Clive, la mirada de entendimiento de éste con Taylor, le puso claro que estaba sirviendo de pelele a uno de los sucios negocios que los dos granujas sabían organizar.

Se rebeló y atacó, deseoso de atraer la atención de Joyce y de

burlarse luego de todos ellos.

Y entonces se vio fácilmente dominado por Chick, el cual seguía sintiéndose seguro, dosificando su esfuerzo, administrando perfectamente su derrota.

Sin embargo...

La derecha de Nick logró impensadamente conectar de manera fulminante con la barbilla de Chick.

Y el joven aspirante experimentó la sensación de que el mundo se le desplomaba encima.

Algo que no le había sucedido jamás.

El duro rechazazo, de auténtico campeón, sorprendió al propio Nick, el cual se recobró al instante de su sorpresa.

Decidió el campeón que tenía allí su oportunidad, que la debía aprovechar por encima de todo, y entonces no se entretuvo en mirar a Joyce, seguro de que sería ella la que se fijaría en él.

Y los golpes llovieron secos, precisos, terribles, sobre Chick, a quien le pareció que le disparaban desde todos los ángulos y que no era un hombre sólo el que tenía frente así.

Chick oyó como en sueños el griterío de la gente que rodeaba el cuadrilátero.

Se vio acorralado y se trabó en un cuerpo a cuerpo que le permitiese restar efectividad al castigo a que Nick lo había sometido.

Había visto a Ginny dirigiéndole miradas despectivas, mientras estuvo en plan de dominador. Y entonces advirtió que la carita de la sugestiva pelirroja reflejaba viva angustia, mientras que la de Percy expresaba profundo estupor.

Cerró su guardia a lo inverosímil, deseando ganar tiempo y cansar al campeón.

No le importó, entonces el griterío de la gente metiéndose con él.

Entonces le pareció advertir que Joyce había cambiado rápidamente y que animaba a Nick de manera desaforada.

Lo apreciaba todo Chick; y precisamente, en aquel angustioso momento en que las piernas le flaqueaban y la mente había perdido buena parte de su lucidez.

Si perdía por K. O., si la superioridad de la victoria de Torton resultaba demasiado manifiesta, no habría segundo combate.

Aquellos granujas de Greenwood y de Taylor se burlarían de él.

Volvió a ver la angustiada mirada de Ginny y a escuchar el griterío de la gente que le había aplaudido en otras ocasiones y que entonces parecía volcarse al lado del campeón.

Su instinto de luchador nato le advirtió que su táctica obstruyendo el juego de Torton le iba dando resultado y que el campeón comenzaba a acusar cierto agotamiento.

Aquello le dio fuerzas y se decidió a pasar a la ofensiva.

Cerró bien la guardia, tomó aire y de improviso desplazó sus puños, rompiendo hábilmente la guardia de Torton.

Se percibieron los golpes que llegaron secos, precisos, al estómago del campeón, el cual se dobló ligeramente hacia adelante, acusando el castigo y comenzó a retroceder.

Torton hubo de dejar de pegar para acudir a cubrir su estómago.

El griterío de la gente animando a Torton fue cesando hasta llegarse a un silencio impresionante, roto únicamente por el chocar de los guantes de Chick contra la anatomía del campeón.

Trataba éste de hurtar el estómago al demoledor castigo a que lo había sometido Chick, y entonces, los golpes le llovieron sobre los costados.

Buscó Nick un resquicio para poder colocar otro golpe como el que había puesto en inferioridad a Power, pero no encontró un solo punto vulnerable, tal era la táctica del joven aspirante.

Comenzaron a gritar animando los partidarios de Chick.

Éste golpeó de gancho con la izquierda, rompiendo de manera espectacular el cuerpo a cuerpo, obligando a Nick a levantar la cabeza.

E inmediatamente, antes de que Nick se pudiera reponer, le cruzó dos golpes de izquierda y derecha a la barbilla que produjeron una fuerte sacudida en el campeón, haciéndolo tambalear.

Nick intentó entonces agarrarse para evitar el castigo y trabar de llagar al final del asalto. Era cuestión de aguantar todo lo más un angustioso minuto, décima de segundo por décima de segundo.

Un derechazo de Chick, a media distancia, que le dio de lleno en el estómago, lo levantó del suelo y lo lanzó contra las cuerdas.

Se vio lanzado hacia atrás y temió ir a salir despedido del cuadrilátero.

Percibió que algunas manos le apoyaron por la espalda evitando su caída y la reacción de las cuerdas lo lanzaron hacia adelante.

El campeón se dejó ir, tratando de arrollar a Chick, o como poco, de asustarlo.

Pero Chick aguantó firme la embestida y le cruzó limpiamente un «crochet» a la barbilla.

El campeón giró sobre sí mismo, se doblaron sus piernas y cayó pesadamente en la lona, atracándose de resina.

Chick había perdido el sentido de orientación, pero una indicación del árbitro le permitió alcanzar rápidamente su rincón.

Se inició el conteo con premiosidad, y Chick temió que la campana pudiera salvar a Nick del fuera de combate.

Estaba seguro de que si ocurría tal cosa, harían lo imposible luego para que él perdiese la pelea fuera como fuera.

Oyó que Duncan decía algo que no entendió.

Vio a Ginny de pie, mirando asustada lo que sucedía en el «ring».

La cabeza de Joyce giraba de uno a otro lado, mirando tan pronto al caído como al joven vencedor.

Se había producido un imponente silencio en el que únicamente se escuchaba la voz del árbitro contando con lentitud desesperante.

—Siete... Ocho...

Chick volvía rápidamente al dominio de sus facultades y sonrió con expresión burlona. Le bastó ver las caras de Greenwood y de Taylor para saber que sobraba tiempo.

—Nueve...

Torton ni siquiera se movió.

—¡«Out»!

La última voz del árbitro significaba la victoria de Chick por fuera de combate.

Se produjo un griterío ensordecedor.

Chick sonrió a Ginny que saltaba alegremente animándole.

Corrió el joven hasta donde se hallaba tendido su contrincante, lo tomó del suelo y lo condujo fácilmente en brazos hasta su silla.

Hubo de saludar para corresponder al griterío y los aplausos que atronaban la amplia sala.

Se había arrancado los guantes y volvió a su esquina en donde lo recibió Duncan, que le tendió la bata a tiempo que le decía:

—¿Es que te has vuelto loco? ¡Hemos terminado!

—¡Idos al diablo, tú y todas esas inmundas sabandijas!

Escupió en el suelo y lo pisó, mirando a Greenwood y a Taylor a tiempo que lo hacía.

Joyce había doblado la cabeza y no se atrevía a mirar, aunque Chick volvió a sentirla propicia.

Y entonces la despreció con toda su alma.

El árbitro acudió a su esquina, lo tomó de la muñeca derecha y lo sacó al centro del cuadrilátero, haciéndole levantar el brazo para proclamarlo vencedor.

El griterío de la gente no permitía escuchar a los altavoces que cantaban su victoria por fuera de combate.

Advirtió que Torton volvía en sí y acudió a su esquina para animarlo y desearle que se repusiese pronto.

—He tenido más suerte, Torton, eso fue todo. Usted continúa siendo un gran campeón.



—Gracias, muchacho. Yo dije algo semejante hace diez años. Hoy solamente soy un pélele, una sombra. Has hecho bien en no permitir que jueguen con nosotros...

Se estrecharon las manos con sinceridad y Chick hizo salir a Torton hasta el centro del «ring» para que recibiera el homenaje de la gente.

Se redobló el griterío, y los aplausos daban la impresión de que echaban humo.

Chick acompañó a Torton hasta su rincón, saludó una vez más y saltó ágilmente del «ring» por encima de las cuerdas, siendo recibida aquella muestra de agilidad con nuevos aplausos.

Pasó por delante de Greenwood y Joyce, dedicándoles una

sonrisa burlona, y acudió hasta donde se hallaba Ginny, a la cual sorprendió, estrechándola entre sus brazos.

Inició la linda pelirroja una protesta, diciendo:

—¡Oiga, gorila!...

Sintió sobre ella la proyección del triunfo del joven y sonrió, diciendo:

—Ha estado estupendo, pero eso no quiere decir que abuse.

Habían acudido reporteros y fotógrafos, y entonces fue Ginny quien tomó la iniciativa, besando al vencedor en ambas mejillas, entre aplausos y centelleantes disparos de «*flash*».

Chick la volvió a estrechar las manos, diciendo:

—Gracias, Ginny. Quedamos en que nos veríamos nuevamente las caras.

—Procure que se deshinche un poco la suya —bromeó ella.

Percy apretó suavemente uno de los brazos del atleta y dijo:

—Eres un gran campeón, sí, señor. ¡Un extraordinario campeón!

El joven, sin dejar de sonreír, se libró como pudo de la nube de admiradores y de periodistas.

—Nos veremos luego, amigos.

—Estará cansado...

—Nada de cansancio. Pero Torton es un gran campeón y pega como un diablo. Confieso que me tambaleó.

Lo dijo con gracia, haciendo sonreír a los que le rodeaban.

Al fin logró escapar después de acariciar la barbilla a Ginny, y se metió en el pasillo que conducía a los camerinos.

Contra lo que sucedía siempre, en aquella ocasión no le siguieron ni su entrenador Duncan ni los ayudantes de éste.

Chick no ignoraba que se había ganado la animosidad de una poderosa organización de granujas, y que al volver del pasillo podían estar aguardándole ya para aumentar su peso con algo de plomo, o para propinarle una paliza.

No le arredró nada de aquello y llegó hasta su camerino, cuya puerta empujó.

Duncan estaba recogiendo sus cosas, y ni siquiera se volvió cuando lo sintió entrar.

Los ayudantes hacían lo propio y ninguno de ellos se atrevió a mirarlo, aunque se sentían orgullosos de su victoria.

Frente a él, apoyados contra la mesa, se hallaban Taylor,

Greenwood y otro individuo de aspecto bestial.

Los tres hombres llevaban sendos puros, recientemente encendidos, en la boca. Lo miraron de arriba abajo de manera impresionante, manteniéndose en hosco silencio.

Chick no se amedrentó tampoco y ordenó:

—Fuera de aquí rápidamente. Tengo que ducharme y vestirme. Y no los quiero ni ver.

Greenwood fue el primero que reaccionó, despegándose de la mesa y disponiéndose a salir.

Dijo secamente:

—Pronto tendrás noticias nuestras.

—¡Todos somos capaces de dar noticias! ¡Largo he dicho! ¡Tú también, Duncan, maldito cobarde! ¡Y vosotros! ¡Fuera todo el mundo!

El fulano del aspecto bestial gruñó de manera ininteligible, dando la sensación de que se iba a tragar el puro.

Chick adelantó su izquierda, aferró al fulano por la pechera y dijo:

—¡No amenazas, maldito cerdo, porque te hago tragar el puro! ¡Y largo!

Lo empujó después de propinarle un buen zarandeo, y el fulano tropezó contra Taylor, que hubo de apresurar su salida.

Instantes después habían salido todos, dejando solo a Chick, el cual cerró la puerta de manera violenta.

La aseguró por dentro, registró hasta convencerse de que no había quedado nadie con él y se metió en la ducha, dejando la puerta abierta para dominar la entrada al camerino.

Sintió que los nervios se le templaban con la ducha tibia. Poco a poco fue encontrándose mejor.

Cuando salió vestido ya, se estaba celebrando la última pelea, también de pesos medios.

Se trataba de dos veteranos a los que había dejado atrás no hacía macho aún, y cuyas marrullerías conocía sobradamente.

No le interesaba la pelea.

Asomó a la sala. Miró en dirección a las sillas de «ring» donde deberían hallarse Ginny y Percy, pero éstos se habían retirado.

Se encogió de hombros y se dirigió hacia la salida.

La gente estaba absorta en la pelea bastante movida que se

estaba celebrando y no se fijó en él.

Chick advirtió que le seguían tres individuos en actitud hostil, pero tampoco en aquella ocasión se dejó impresionar.

Se dirigió a la playa de aparcamiento en donde se hallaba su coche.

Se disponía a abrir la portezuela, cuando surgió sonriente ante él, Percy Bradock.

—No he querido sacar una interesante fotografía por no descubirme. Un fulano ha estado hurgando por ahí dentro.

Percy señaló el motor del coche y prosiguió su información:

—No me extrañaría nada que cuando lo pongas en marcha voléis tú y el coche hechos pedazos.

—¿Y Ginny?

—No quiero verla mezclada en cosas de éstas y me aguarda ahí cerca, en el «Star Club».

—Es una buena chica...

—Puedes estar seguro de ello. Estaba realmente emocionada. Y yo me escurro ahora, muchacho. El ambiente está cargado de electricidad. Allí me parece divisar tres gorilas.

—No se equivoca. Dentro de unos instantes les recogeré en el «Star Club» y les llevaré a casa...

—Si eres capaz de llegar hasta el «Star Club», me sentiré muy satisfecho.

Ejerció Percy una afectuosa presión sobre el brazo de Chick y se escurrió materialmente entre los coches aparcados.

Chick dirigió una mirada hacia donde se hallaban los tres gorilas espiando sus movimientos.

CAPÍTULO IV

A Chick le resultó fácil encontrar la carga de explosivo plástico que habían puesto para que volase su coche apenas lo pusiera en marcha.

Lo sacó y estuvo tentado de arrojarlo contra los tres gorilas.

Decidió inutilizarlo, lo cual hizo hábilmente. Efectuó luego una rápida revisión del vehículo y finalmente lo puso en marcha, sacándolo sin prisas hasta asegurarse de que todo marchaba normalmente.

Dio una vuelta en torno al aparcamiento, y al pasar ante donde se habían estacionado los tres gorilas, descubrió en sus rostros el asombro que les producía el hecho de que el coche no hubiese saltado hecho trizas.

Volvió a dar otra vuelta a más velocidad que la anterior y preparó la pastilla de explosivo a la que había quitado el fulminante.

Sonrió burlonamente cuando la lanzó en dirección a los tres gorilas, que retrocedieron atropelladamente, aunque luego uno de ellos adelantó y la recogió aún en él aire.

Chick rió de manera escandalosa mientras se alejaba.

Uno de los gorilas, en un arrebato, hizo acción de sacar su pistola, pero el que había recogido la pastilla lo contuvo con una mirada.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Ése cualquiera se ha burlado de nosotros.

—Porque ha podido. Alguien nos ha tenido que espiar y le ha debido advertir.

—A mí me ha parecido que hablaba allí con alguien.

—Como sea, la cuestión es que se *ha* burlado. Vamos, aquí no

hacemos nada más que llamar la atención...

—Parece que la pelea ha terminado —dijo otro.

—Ya veremos qué dice Kirk de este fracaso.

—Supongo que se tendrá que aguantar. Todos tenemos fracasos en la vida.

Los tres granujas dieron la vuelta y pasaron al interior.

La última pelea del programa había terminado, y el público comenzaba a afluir en dirección a las salidas, comentando, preferentemente, el fantástico fuera de combate logrado por Power sobre el campeón Torton.

Mientras tanto, Chick se había reunido en el «Star Club» con Ginny y Percy.

La linda pelirroja lo saludó con una sonrisa.

—Mañana saldré junto a usted en los periódicos. Una buena propaganda para mis piernas.

—Sus piernas no necesitan propaganda, jovencita. Además, no creo que se le vean en las fotografías...

Luego propuso:

—¿Qué les parece si nos vamos a terminar la noche en un lugar más alejado? Esto no tardará en estar lleno de gente que me conoce, sobre todo de chicos de la Prensa. Y la verdad, es que esta noche deseo estar tranquilo.

Ginny propuso:

—¿Por qué no nos lleva a casa? Estoy cansada, y la mejor manera de terminar la noche para mí, es en la cama, durmiendo tranquilamente.

—Hubiese preferido ir a bailar un rato. Pero tal vez lo suyo sea lo más razonable...

* * *

Mediaba la mañana siguiente cuando Chick se presentó en la oficina de Buddy Taylor, llegando rápidamente hasta el despacho de éste.

Tal como imaginaba, encontró en ella a Barry Duncan, el cual sonrió tímidamente al verlo.

—¡Hola! —saludó Chick, secamente.

—¡Hola, campeón, siéntate! —exclamó Taylor con desusada

amabilidad, señalando una silla al pugilista.

—No necesito sentarme. Vengo a por la pasta... Y ahórrese el cuento. No soy campeón.

—Pero lo serás, no hay duda.

—Todo puede llegar, a pesar de ustedes...

—¡No nos tienes en contra, Chick! Bien, anoche nos pillaste de sorpresa y no reflexionamos, ésa es la verdad... ¡Pero, siéntate, muchacho!

—He venido a por la pasta.

—Precisamente Duncan acaba de cobrar. Él es tu «manager».

—El se despidió anoche, me desatendió al terminar el combate, me dejó solo. No quiero nada con él.

Duncan protestó:

—Me hiciste una cochina faena, Chick. Aunque yo te la he perdonado. Comprendí que todo estaba justificado...

Sin dejar hablar a Chick, prosiguió Taylor, que le quitó materialmente de la boca la palabra a Duncan:

—Debimos haber avisado a Torton para que no se le fuese la mano. No lo creímos necesario, porque conocemos tu clase y no imaginamos que podía suceder aquello. Él era sincero peleando.

—Yo lo sé mejor que nadie. La pasta, Duncan. Te daré lo tuyo puesto que firmaste la pelea y me preparaste. Aunque te debiera descontar una parte por abandonarme.

—Soy tu «manager», Chick.

—Eso fue hasta anoche. El contrato ha quedado rescindido. Si te opones, denunciaré el hecho y vais a volar todos de vuestros puestos.

A Taylor le saltó el puro de la boca, desorbitó los ojos y exclamó:

—¡Pero tú no puedes hacer eso!

—Que me de el cheque, que apruebe la rescisión del contrato, yo le liquidaré y me callaré... Y me olvidaré también del regalito que me colocaron en el coche.

Taylor y Duncan se miraron, como si Chick hablase en chino.

—¿De qué hablas, muchacho? —preguntó Taylor al fin.

—No seas cínico, Taylor. Y vamos a terminar de una vez. Tal vez os haga un favor largándome a hacer una gira por Australia y Europa.

A una mirada de Taylor, Duncan entregó a Chick un talón de Banco.

Comprobó el joven que la cantidad estaba bien y lo guardó.

Se dirigió a Duncan:

—Yo te haré un talón a ti. Pero antes quiero la rescisión del contrato.

Se dispuso a marchar.

Taylor sonrió.

—Siéntate un momento, Chick. A todos nos conviene olvidar cosas. Y vamos a hablar para el futuro...

—Siéntate, por favor —pidió Duncan.

—Podéis hablar. Estoy mejor de pie...

—Por cierto. Anoche no trataste nada bien a Roy Tucker. Estaba furioso contigo.

—Me tiene sin cuidado la furia de ese bestia.

—Le hemos aconsejado que olvide...

—Es él quien debe procurar que sea yo quien olvide lo del regalito.

Taylor sonrió, tamborileó con los dedos sobre el cristal de la mesa y dijo:

—Lo de anoche nos costó bastante pasta, Chick...

—No empiece con mentiras...

—Tú ignoras lo que son estas cosas. El esfuerzo que hicimos para sacar a Torton de su rincón se ha perdido. Tenemos que darle otra pelea y no puede ser contigo. Una pelea que únicamente dará dinero si Torton sirve de escalón para otro joven que pueda enfrentarse luego contigo.

Duncan aprobó con la cabeza, abrió sus manazas y mostró las palmas a tiempo que decía:

—Juego limpio, Chick.

El joven miró con recelo a los dos hombres tratando de encontrar la parte sucia del negocio; y dijo respondiendo a Duncan:

—Vosotros no sois capaces ya de jugar limpio ni aunque vierais claro que es lo conveniente.

—Juego limpio, Chick —repitió Taylor como un eco de Duncan.

El «manager» agregó:

—Así tendrá Torton la pelea comprometida. Tú pelearás luego con el vencedor y serás el campeón. Y también tú tendrás la pelea

que tienes comprometida. Únicamente que será otro el contrincante.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó Power receloso.

—Jimmy Hobbs es un chico que promete. Casi tan bueno como tú mismo, Chick. Y hará astillas a Torton, la cosa está clara. Pero si fuese Torton el vencedor, se habría recalificado para enfrentarse contigo.

Chick asió la silla por el respaldo y dio la sensación de que la iba a lanzar a la cabeza de Taylor.

Luego barbotó:

—¡Sois un hatajo de criminales! Con tal de saliros con la vuestra no vaciláis en hacer matar a un hombre.

Duncan fingió vivo asombro y preguntó:

—¿Te has vuelto loco, Chick? ¿Habrás que llevarte a un médico?

—El mamporro que te dio Torton fue duro, per© no como para trastornarte. Además, reaccionaste de una manera estupenda —aseguró Taylor.

—No tratéis de envolverme con vuestra palabrería. Todo el mundo sabe que Jimmy Hobbs es muy bueno, tanto como el que más; pero que desde que tuvo el accidente en su pelea con Mac Leod, es hombre muerto apenas lo toquen en serio. Y Torton lo mataría...

Taylor acusó:

—Lo que sucede es que has tomado miedo, Chick Power. El golpe que te dio el campeón te descubrió. Eres un cochino cobarde que rehúye a Hobbs.

Aún no había terminado Taylor de hablar cuando Chick se le fue encima, y antes de que Duncan pudiera oponerse, la derecha de Chick se estrelló en el cuello de Taylor, por debajo de la oreja, lanzándolo de manera violenta al suelo.

—¿Te has vuelto loco? ¡Esto puede significar tu descalificación para toda tu vida!

—¡La mía y la vuestra, granujas, criminales! Y suerte ha tenido que no he querido descargar de verdad.

Duncan corrió a atender al caído.

Chick advirtió:

—Puedes decirle a todo ese grupo de granujas que si intentan molestarme, lo van a sentir. Otra broma como la que trataron de gastarme anoche, y serán ellos quienes vuelen.

Se encaminó a la puerta y una vez en ella, se volvió para decir:

—Puedes venir a cobrar lo tuyo cuando quieras. Pero ya sabes, al mismo tiempo rescindiremos nuestro contrato. Y en el peor de los casos prefiero no pelear a tener que hacerlo con vosotros.

Salió dando un portazo que hizo saltar los cristales.

Al llegar a la calle descubrió a Joyce, que se había sentado en su coche, en el cual le aguardaba.

La mujer saludó sonriente:

—¡Hola, campeón!

—¿Te ha enviado Clive para que me convenzas de que me quede con ellos y me preste a sus granujadas?

—A mí no me importan todas esas cosas. Me importas tú. Sabes perfectamente que si Clive se entera de lo nuestro, me haría matar y tú no quedarías tampoco para simiente.

Chick sacó de su cartera las dos fotografías y el negativo que le había devuelto Percy, y que aún no había tenido ocasión de entregar a la sugestiva morena.

—¡Pues toma! Envíale una fotografía de éstas a tu Clive. Le puedes poner una dedicatoria sentimental. ¡Y la otra se la envías a Torton para animarlo! Y si no, que te hagan una semejante con él...

Joyce desorbitó los ojos y solamente fue capaz de exclamar:

—¡Oh!

Chick, a la vista de ella, prendió fuego al negativo y a las fotografías, asegurándose de que quedaban totalmente destruidos uno y otras.

—Y ahora, largo de mi coche. Hemos terminado.

Anoche supe de ti en unos minutos más que en los meses que llevaba tratándote. ¡Fuera!

Joyce comprendió que no había solución posible por el momento y salió rápidamente del coche.

No le interesaba en absoluto que, precisamente allí, a la vista de los amigos de Greenwood, se produjese un escándalo, aunque todos ellos conocían sus relaciones con Chick.

El pugilista consideró que no se habrían atrevido en pleno día a ponerle un explosivo para hacerlo volar y subió al coche sin preocupación alguna.

Antes de arrancar vio a un reportero que llegaba corriendo.

—¿Proyectos, campeón?

—Descansar y prepararme para la próxima pelea.

—¿Quién será su próximo contrincante? Parece que Torton quedó descartado.

—Lo ignoro. Ya sabe que no es cosa mía. Yo pelearé con quien me opongan dentro de mi peso, si las condiciones me convienen, naturalmente, y si el designado tiene categoría suficiente...

Joyce, tras dirigir una sonrisa aviesa al joven, se alejó, dirigiéndose al despacho de Taylor en donde presumía que encontraría a Duncan.

Se despidió el joven del periodista y se alejó sin prisa pensando que iría a recoger a Ginny a la academia de baile, en donde no tardaría en terminar su lección diaria.

—Ella sí es una mujer de verdad, no el trasto ése —murmuró para sí.

Se dio prisa.

Al llegar cerca de la academia compró varios periódicos en los que se reseñaba su pelea de la noche anterior y se publicaban fotografías, entre ellas, dos en las que aparecía junto a Ginny.

A poco de esperar salió la joven llevando un montón de periódicos debajo del brazo.

—¡Soy famosa, Chick! Eres el hombre del día y a mí me han llovido los contratos... Me da un poco de vergüenza aprovecharme así de tu popularidad.

—No te preocupes. Tú mereces todo eso. Aprovéchate sin preocupación alguna.

Ginny sonrió con expresión maliciosa y dijo:

—Una chica me preguntó por la emoción que se siente cuando la abraza a una gorila como tú, con los brazos desnudos...

—Le puedes decir que por mi parte reservo eso únicamente para ti.

—¡Bien! Eso está por ver. Anoche me sorprendiste...

—¿Almorzamos juntos?

—¿Y por qué no? Mister Bradock me ha asegurado que eres un buen chico, pero que debo tener cuidado contigo.

CAPÍTULO V

Chick, después de su ruptura con Duncan, hubo de reanudar los entrenamientos por su cuenta.

No encontró ningún «manager» de suficiente prestigio para que se hiciese cargo de él, e incluso le negaron el permiso para entrenarse en las principales salas.

Cuando semanas más tarde vio anunciada la pelea de Nick Torton con Jimmy Hobbs, experimentó cierta irritación que compensó apostando a favor de Torton cuando la mayor parte de la gente se volcaba por la joven esperanza, como calificaban a Hobbs.

Algunos aseguraban que poseía la izquierda más brillante de todas las épocas, la izquierda que ya hacía retroceder incluso a los púgiles que no habían entrado en contacto con ella.

La noche del combate, cuatro semanas más tarde del celebrado entre Torton y Chick, éste adquirió una silla de «ring» dispuesto a asistir a la pelea.

Al llegar a la sala se sintió rodeado de aficionados que le pidieron autógrafos.

Después cayó en manos de los chicos de la Prensa, que dispararon sus «flash» y sus preguntas.

—¿Es cierto que has rehuido, enfrentarte con Jimmy Hobbs, si resultase vencedor en la pelea de esta noche?

—Yo he apostado por el campeón. Nick Torton es mi hombre.

—Pero dicen que has eludido enfrentarte a Hobbs.

—Quien dice eso es un tarado mental al que no se puede hacer caso.

Lo dijo con gracia, que provocó la hilaridad de los que escucharon la respuesta.

—Pero ¿te enfrentarías con Hobbs?

—Si vence a Torton, ¿por qué no?

—¿Consideras que no tiene clase para ello?

—No me he enfrentado jamás con él. Creo recordar que cuando aspiraba a un encuentro conmigo, Samy Mac Leod frenó su carrera. Y Mac Leod es un segunda serie mientras no se demuestre lo contrario.

—¿Consideras a

O'Reilly

con más clase que tú para enfrentarse con el vencedor de este combate?

—No he peleado con

O'Reilly

desde que éramos aficionados. Le vencí por puntos.

—

O'Reilly

ha mejorado mucho.

—Eso dicen; pero hasta ahora no se había contado con él para nada. ¿Por qué?

Al hacer su pregunta se desembarazó hábilmente de la gente que le rodeaba y logró entrar en la enorme sala donde se celebraría la pelea.

Se sintió observado con curiosidad e ira por los tres gorilas a los que cuatro semanas antes devolviese la pastilla de plástico explosivo, por Roy Tucker y por Kirk Maitland, la mano derecha de Tucker, el hombre de acción de la pandilla.

Llegó hasta su localidad en el momento en que se iniciaba la primera pelea entre dos «welters», uno joven, de prometedoras condiciones, y un veterano lleno de marrullería que debía servirle como piedra de toque en la cual podría romper sus ilusiones.

A su derecha se hallaba sentado un hombrecillo, mientras que las dos localidades de su izquierda permanecían vacías.

Apenas iba mediado el primer asalto de la pelea, llegó Joyce, la cual tomó asiento junto a Chick. E inmediatamente después llegó Greenwood, el cual dirigió una mirada poco amigable al pugilista.

Dio la impresión de que Greenwood iba a hacer cambiar de asiento a Joyce, pero decidió finalmente que prefería que fuese ella quien estuviese al lado de Chick.

A poco de tomar asiento Joyce, sintió Chick la presión de su

mano derecha en el muslo izquierdo.

La sugestiva morena sopló suavemente en dirección a Chick, como intentando envolverle en sus perfumes.

La frenó hábilmente poniéndose un puro en la boca, el cual encendió, enviando el humo hacia ella.

Terminado el primer asalto del combate inicial, se acercó un periodista que había descubierto a Chick.

—¿Qué le parece el combate entre Torton y Hobbs?

—Me parece un crimen. Le ruego que no me pregunte más, amigo Van Loy.

El periodista tomó nota rápidamente y sonrió satisfecho de que Chick recordase su nombre y le llamase amigo.

Sonó la campana, señal para el segundo asalto, y el periodista desapareció corriendo, dispuesto a telefonar la respuesta que Chick había dado a su pregunta.

Greenwood, que había escuchado pregunta y respuesta y que se hallaba como sobre ascuas, abandonó su asiento y marchó detrás del periodista.

Joyce se apresuró a ejercer una nueva presión con su mano en el muslo de Chick, diciéndole:

—Tenemos que hablar tú y yo.

—Entre nosotros está todo hablado. Esta noche tendrás un vencedor que será Torton. Es una buena masa de músculos, y hasta tiene algo de cerebro. Opino que será una buena experiencia para ti...

—¡Cerdo!

—Si lo fuese, me quedaría a tu lado.

—Arrastraré a esa pelirrojilla.

—Es posible que también fuese una buena experiencia para ti. Porque dudo que ella se dejase arrastrar. Pero silencio, por favor. Ese chico promete y está llevando bien su dura prueba.

Puso Chick entre él y la sugestiva morena una nube de humo y al percibir la mano de ella sobre su muslo, dejó caer la ceniza caliente de su cigarro, que la obligó a soltar dando un respingo y un leve grito.

En tanto, Greenwood había alcanzado a Van Loy cuando éste se hallaba próximo ya a la cabina telefónica.

—Amigo Van Loy.

—Hola, Greenwood.

—Imagino que va usted a telefonar a la redacción la respuesta desvergonzada que le ha dado Power.

—Se equivoca, Greenwood. Voy a decir que me reserven la primera plano para decir que a mi abuelita le han salido dos dientes el mismo día que cumplía los noventa y dos años. Extraordinario, ¿no?

Sin aguardar a más, el periodista abrió la cabina telefónica.

—¡Escuche, Van Loy...!

—¡Váyase al diablo, Greenwood! Océpese de sus asuntos y déjeme tranquilo con los míos.

—Esa estupidez de Power puede traer cola.

—Procure no llevar cola usted. ¡Hasta nunca, Greenwood!

Entró el periodista en la cabina y cerró por dentro sin preocuparse del granuja que quedó fuera gesticulando.

Greenwood, al advertir que Van Loy había establecido comunicación, dio media vuelta y se dispuso a volver a la sala.

Pero entonces lo pensó mejor y se dirigió al despacho en donde se hallaban Taylor y Roy Tucker, llamando a éste, al cual se llevó para hablar aparte con él.

Cuando regresó a la sala, se iniciaba ya el segundo combate; Chick había encendido su segundo cigarro puro para mantener su barrera con Joyce.

Greenwood observó con satisfacción que la sugestiva morena parecía muy interesada en el combate entre dos medio fuertes jóvenes, recién salidos ambos del campo «*amateur*», y uno de los cuales llevaba mucha dinamita en las manos.

* * *

La formidable izquierda de Jimmy Hobbs logró abrir brecha, pronto, en la guardia cerrada, con que Torton salió a pelear.

El joven pugilista poseía un boxeo brillante, espectacular, que no tardó en prender entre el público que le aplaudió con calor, augurando un final desastroso para Torton, que se ofrecía como víctima propiciatoria.

El veterano campeón, aleccionado por su experiencia frente a Power, boxeaba con precauciones, procurando eludir la rápida y

dura izquierda que le buscaba de manera que llegó a resultar obsesionante.

El primer asalto terminó con clara ventaja para Jimmy, que había realizado un verdadero derroche de facultades.

En el segundo asalto Jimmy salió más confiado, mientras que Torton redobló sus precauciones, cerrando la guardia hasta el punto de hacerla menos que impenetrable.

En lugar de rehuir la izquierda de Jimmy, pareció buscarla, acosándole continuamente para que los golpes no le pudieran llegar desde una distancia efectiva.

Las cejas y las orejas del veterano campeón comenzaron a sangrar pronto, a pesar de lo cual no cedió en su acoso, tratando de acorralar en las cuerdas a Hobbs, el cual se le escapaba con relativa facilidad valiéndose de su fantástica izquierda.

De improviso amagó Torton con la izquierda y se lanzó detrás de su derecha, penetrando por debajo de la atormentadora izquierda del joven.

El guantazo de Torton restalló, haciendo levantar al público, mientras que Hobbs se doblaba ligeramente.

Los puños de Torton actuaron entonces con rapidez, en impresionante serie, golpeando en el estómago y costados de Hobbs que ya entonces resistió el castigo con tranquilidad, saliendo al fin con seguridad y elegancia del cuerpo a cuerpo con un rápido izquierdazo que frenó instantáneamente a Torton.

Pero éste reaccionó con rapidez y se fue detrás del joven, atacando con un golpe largo, cruzado y de arriba abajo que alcanzó a Hobbs en una oreja.

Giró el joven boxeador al impacto para encontrarse con la izquierda del campeón, que le golpeó en corto y cruzado en la barbilla.

Se advirtió que Hobbs dejaba caer los brazos a lo largo del cuerpo, dando la impresión de que estaba totalmente inconsciente.

Y Torton volvió a golpear rápido y en campeón, derribando con violencia al joven, que quedó inmóvil, dando la impresión de que estaba grave.

Torton se retiró rápidamente a su rincón y el árbitro comenzó a contar en medio de un imponente silencio.

El público se había dado cuenta de que la cosa era grave y el

«manager» de Hobbs, a quien no se le ocultó tampoco la gravedad del caso, se apresuró a echar la toalla al «ring» para indicar que su boxeador abandonaba la pelea.

Saltó Torton de alegría al ver que se desquitaba del fuera de combate que había sufrido cuatro semanas antes y luego se apresuró a arrancarse los guantes para ayudar a trasladar a Hobbs a su rincón.

Alguien pidió una camilla.

Acudieron rápidamente dos médicos que habían apreciado la gravedad del caso.

Uno de ellos tomó el pulso a Hobbs y señaló con la cabeza un gesto de pesimismo.

Advirtieron todos que la respiración del boxeador era estertorosa.

Torton comprendió entonces que Hobbs estaba muerto, aunque respiraba aún y se mordió las manos que llevaba vendadas.

Dominando el profundo murmullo que se había producido, se oyó la voz de Chick, que se había acercado al «ring» y que se dirigió al campeón:

—¡No ha sido usted, Torton! Han sido esos granujas a los que no les importa nada con tal de llevarse el dinero de la afición.

El joven se volvió luego a Greenwood, que se había levantado y miraba asustado hacia donde se hallaba Hobbs.

—¿Qué me dice ahora, Greenwood? ¿Era o no un crimen ese combate? ¡Pandilla de asesinos! Eso es lo que son todos ustedes... Debieran ir a la silla eléctrica.

El aludido, asustado y furioso a la vez, se revolvió contra Chick.

—¡No le tolero que hable así, Power!

—Lo tendrá que tolerar mal que le pese. Y no crea que me preocupan sus perros.

Van Loy se acercó con un fotógrafo de Prensa que disparó un «flash» en el que Power y Greenwood debían aparecer frente a frente como dos gallos de pelea.

Uno de los hombres a las órdenes de Tucker acudió rápido y trató de arrebatar la máquina al fotógrafo, al cual derribó de un violento empujón.

La derecha de Chick entró entonces en juego, estrellándola en la barbilla del gorila, que salió disparado para ir a estrellarse contra

uno de los costados del «ring».

Van Loy preguntó a Chick:

—¿Por qué me dijo antes que consideraba este combate un crimen?

—Todos sabíamos que Jimmy Hobbs había resultado gravemente lesionado cuando su combate con Samy McLeod.

—Cierto eso.

—Los médicos diagnosticaron que Jimmy no podría volver a boxear. El médico de la federación lo confirmó y se habló de retirar la licencia al pobre Hobbs.

—Cierto también.

—¿Por qué han autorizado ahora este combate?

—Ésa es la pregunta que nos van a hacer millones de lectores de toda la Unión, Power —respondió el periodista.

—Pues yo se lo diré, Van Loy. Se lo diré para que pueda responder con la verdad a esos millones de lectores.

Hobbs había sido colocado rápidamente en la camilla y hubieron de interrumpir la entrevista para ceder paso.

Greenwood, incapaz —de resistir las presiones a que estaba sometido, tomó de una mano a Joyce y tiró de ella diciendo:

—Vamos, querida. Esto ha sido una gran desgracia cuando tenía claro el combate.

—¡Lágrimas de cocodrilo, Greenwood! ¡Maldito embustero! Todos sabemos que Jimmy no podía ganar ese combate jamás. ¡Asesinos!

Se produjeron gritos de protesta y voces amenazadoras demandando justicia y el castigo para los criminales.

En un momento dado aparecieron por uno de los lados dos de los hombres de Tucker, mientras que por el otro lado aparecía otro de ellos y el propio Kirk Maitland.

Debían coincidir los cuatro hombres sobre Power, que hablaba con el periodista.

El gorila que había sido golpeado por Power, acababa de ser rociado con el contenido de un balde de agua que le echó uno de los segundos de Torton, el cual se hallaba en el «ring» desconcertado, sin saber qué hacer.

Power se dirigió al periodista, advirtiéndole:

—Cuidado, Van Loy. Parece que esta entrevista la habremos de

terminar en otro lugar. Trepe por ahí y salga como pueda entre el público.

Algunos espectadores saltaron al pasillo.

Y Power avanzó decidido al encuentro de Maitland.

—¿Qué sucede, gorila? ¿Me busca a mí?

Maitland aprovechó el barullo para atacar sacando hábilmente una navaja barbera.

Chick atacó rápido adelantando una silla que desvió el golpe y luego descargó un furioso puñetazo en la cabeza del pistolero, al cual tumbó fuera de combate.

Gritaron algunas mujeres y en el mismo instante intervino la policía, que entró por todos los ángulos despejando el pasillo y aislando el «ring» en donde se hallaban Torton, sus cuidadores y el árbitro.

Power se sintió arrastrado.

En un momento dado, se vio cerca de uno de los perros de Tucker. Intuyó que el granuja había sacado una navaja automática y que se aprovechaba del tumulto para atacarle con ella.

Fue capaz de asir el brazo del granuja por la muñeca, lo sometió a una dolorosa torsión y el hombre gritó desesperadamente, viéndose obligado a soltar el arma.

Un golpe que le aplicó Chick en el estómago lo derribó fuera de combate, y aquello permitió al joven pugilista abrirse paso para eludir el encuentro con los otros dos gorilas, a los cuales perdió de vista.

Salió Chick a uno de los amplios pasillos que se iba llenando de público.

Van Loy, que había logrado seguir sus movimientos, surgió ante él y le invitó a que le siguiera.

Lo llevó hasta la más apartada de las cabinas telefónicas y penetró con él en ella.

Antes de cerrar recomendó al reportero gráfico:

—Ahí de guardia, sin moverte. Si hay novedad, avisa. Procura tener siempre un policía a la vista.

—¿Y mis fotografías?

—Tienes algo que es exclusiva. Y tendrás más. Esto es cuestión de un par de minutos.

CAPÍTULO VI

—¿Qué hay de eso? —preguntó el periodista.

—Yo me retiré de las sucias combinaciones de esos granujas. Les disgustó que ganara el combate a Torton cuando me habían ordenado que debía perder...

El periodista descolgó el aparato telefónico dispuesto a establecer comunicación con el periódico y dar la información directamente.

Pero volvió a colgar indignado.

—¡Malditos granujas! Han cortado las comunicaciones... Hay para mandarlos a la silla eléctrica...

Rectificó, diciendo:

—Bien. Por eso no hay para tanto, pero no le falta mucho....

—¿Tiene pruebas de eso, Power? —preguntó a continuación.

—No. No creerá que ellos son tontos.

—Desde luego que no. ¿Qué más hay?

—Al día siguiente de mi pelea con Torton dieron la impresión de que se les había pasado el enfado en contra mía.

El joven púgil relató lo que había sido su entrevista con Duncan y Taylor, incluyendo el puñetazo a éste y las advertencias finales a Duncan.

Van Loy escribió rápidamente.

—¿Así, pues, les dijo bien claro que Jimmy era hombre muerto?

—Sí. Por eso, sin nombrarme, decían que yo retrocedía ante la izquierda de Jimmy.

—Creo que es bastante, Power. Gracias.

—Y ahora, Van Loy, tenga cuidado con su persona. A mí intentaron asesinarme cuando puse fuera de combate a Torton.

—¿Tanto les hizo perder?

—No es precisamente eso. La mentalidad de esa gentuza tiene sus cosas. Ellos tratan de que nadie se atreva a levantarles el gallito y van a ello imponiéndose por el terror.

—Pues a mí no me harán retroceder —manifestó Van Loy.

—Precisamente por eso le he advertido.

El joven refirió también lo sucedido cuando el fracaso del atentado con el explosivo de plástico, aunque omitiendo el nombre de la persona que le había avisado.

—Tuvo usted suerte.

—Sí. Ahora cada vez que dejo el coche en un aparcamiento, antes de ponerlo en marcha, le echo un vistazo. Sobre todo, de noche...

Van Loy repitió:

—¡Gracias por todo, Power! Le deseo suerte. Y debe deseármela usted a mí.

—Se la deseo de verdad, Van Loy. Puede que todo esto me obligue a dejar el boxeo, pero lo haré gustoso. Para que se de idea del miedo que se les tiene, basta, con que le diga que ningún «manager» calificado se ha atrevido a hacerse cargo de mí...

—¿Es posible? —preguntó asombrado Van Loy.

Power citó algunos nombres bien conocidos en el mundillo boxístico, citando también las salas en que no habían querido admitirlo para entrenarse.

—¡Me deja asombrado, Power!

—Pues eso es lo que hay. Así les puede comprender mejor...

Van Loy se sintió dominado por una sorda ira y manifestó:

—¡Hay que terminar con eso!

—Por mí, adelante. Cuente conmigo para lo que sea.

—Vamos para fuera.

Se estrecharon las manos y salieron al exterior.

El reportero gráfico anunció:

—Sin novedad...

Procedente de la calle llegó el ruido de las sirenas de una ambulancia sanitaria.

Chick se abrió paso en dirección al departamento adonde había sido trasladado Hobbs.

La gente se había agolpado cerca de la puerta, desentendiéndose en su mayoría del combate que se estaba produciendo en el «ring»

entre dos pesos plumas de bastante valía.

La policía abrió paso, teniendo que imponerse para que se sacara la camilla en que iba Hobbs rodeado de varios médicos.

Detrás de la camilla iba Nick Torton, diciendo:

—Está muerto, muerto... Estos malditos granujas...

Al divisar a Chick se reunió con él.

—Tenías razón tú, muchacho. Éste es el final de mi carrera, un final bastante desgraciado. ¿Y para esto me sacaron de mi retiro?

—A ellos no les importamos los hombres, Torton. Les importan sus ganancias, sus sucias combinaciones.

Van Loy, que se había pegado a Chick a la caza de noticias, preguntó a Torton:

—Campeón. ¿Usted sabía que Hobbs no estaba para subir al «ring»?

—Verá usted, Van Loy. Yo sabía que McLeod lo había lastimado, pero nada más. Entonces yo no pensaba volver al «ring», estaba retirado en mi granja...

—La Prensa habló bastante del asunto.

—No hay duda que sí. Pero usted sabe que muchos periodistas buscan el sensacionalismo y exageran las cosas. Terminamos por no dar demasiado crédito a esas cosas... Bien, Van Loy, debe perdonarme...

—Usted dice la verdad, Torton. Le he pedido sinceridad y le agradezco lo que me ha dicho.

—Usted fue siempre un buen muchacho y por eso le hablo así.

—Gracias. ¿Tiene inconveniente en que lo publique?

—Ningún inconveniente. Y puede decir de mi parte que lamento mucho lo sucedido. Y que los que montaron el combate sabiendo lo que podía suceder, y el médico que lo autorizó, debieran comparecer ante la justicia.

—Lo diré, Torton.

—Diga usted también que estoy dispuesto a hacer lo que sea en favor de la familia de Hobbs. Incluso a boxear gratis...

—¿Por ejemplo, con Power?

—Con Power, no. Pega muy duro y es muy bueno para mí. Y no quiero que me suceda algo semejante a lo que le ha sucedido hoy a Hobbs.

—Usted está muy entero, Torton...

—A pesar de ello...

Se vieron separados por la gente y la acción de la policía.

Power se vio al fin en la calle, rodeado de gente que le miraba como a un ser de otro mundo.

—Me gustaría hacer compañía a Torton. Lo necesita, pero ¿en dónde diablos se ha podido meter?

Decidió ir al hospital adonde llevasen a Hobbs, seguro de que allí encontraría al campeón.

Y se encaminó a la playa de aparcamiento en donde se hallaba su automóvil.

Cerca ya de él, recordó lo sucedido justamente cuatro semanas antes, la noche de su victoria sobre Torton.

CAPÍTULO VII

Cuando Chick llegó hasta automóvil, zumbaban los motores de los vehículos vecinos, saliendo uno tras otro.

El joven, recordando el «regalito» de cuatro semanas antes, realizó una inspección concienzuda del automóvil, sin encontrar en él nada de particular.

Puso el motor en marcha y estuvo escuchando, tratando de advertir algún fallo.

—Nada. Parece que todo está corriente —¡dijo para sí!

Y puso el vehículo en marcha lentamente.

Le pareció percibir un leve ruido sospechoso y, por intuición, saltó rápidamente hacia atrás, dando una voltereta sobre su espalda.

Iba aún por el aire cuando se produjo una fuerte explosión, el vehículo dio una sacudida y Power se sintió proyectado por el aire por la fuerza expansiva de los gases.

Cayó al suelo y quedó aturdido breves instantes.

Percibió que sobre él pasaban silbando algunas materias en ignición, siguió una fuerte llamarada y se repitió otra explosión más potente que la primera.

Saltó el coche destrozado y el pugilista volvió a percibir el silbar de los hierros lanzados por la explosión.

Rodó sobre sí mismo para separarse de la zona peligrosa y permaneció unos instantes inmóvil, bien pegado al suelo.

Advirtió que llegaba gente corriendo y se puso en pie.

Descubrió entre los que llegaban a Van Loy y al reportero gráfico.

—Ya tiene algo más que añadir, Van Loy.

—¿Le ha sucedido algo?

—Afortunadamente, no. Intuí el peligro y me lancé del coche a

tiempo. Un par de magullamientos.

El reportero situó a Chick cerca del automóvil ardiendo.

—Un momento, Power, por favor.

—Con mucho gusto.

Hizo el hombre la fotografía.

La policía había llegado casi al mismo tiempo; un sargento preguntó a Power:

—¿Qué ha sucedido? ¿Era suyo el coche?

—Por favor, sargento. Dispara usted más deprisa que un peso mosca. El auto era mío y a lo que parece dejaron en él un «regalito».

—¿Quiénes?

—Eso le toca averiguarlo a ustedes. Yo sé que trataron de enviarme, al cielo por la vía rápida.

—Es bastante —dijo Van Loy—. ¿Vamos, Power? Tengo ahí mi coche y le puedo llevar a donde quiera.

—¿No le habrán puesto una carga?

—Supongo que no. Ignoran cuál es. Aunque en lo sucesivo habré de tomar mis precauciones.

—Tendrá que prestar declaración, Power —pidió el sargento.

—Puede preguntar. Y le daré una tarjeta. Si los admiradores que me dejaron el «regalito» dan tiempo a ello, puedo ir mañana a verles y ampliar declaraciones —bromeó Power.

Respondió a varias preguntas que le hizo el sargento por mera fórmula y se retiró con Van Loy y el reporter gráfico en el automóvil del primero.

Apenas hacía un par de minutos que habían llegado a la redacción del periódico, cuando un empleado llamó:

—¡Van Loy! ¡Al teléfono!

—¿Quién llama?

—Se ha resistido a dar su nombre. Dice que es urgente para completar una información muy importante, parte de la cual tienes ya.

Chick, que se había decidido a acompañar al periodista, cambió con éste una mirada de inteligencia y dijo:

—Son ellos.

—Ahora se pondrá en un aparato supletorio y podrá escuchar usted también la conversación.

—Un momento. Que llamen por otro teléfono a la central, para que averigüen desde qué punto nos llaman.

—Creo que será perder el tiempo, pero se hará. Estas llamadas se hacen siempre desde teléfonos públicos.

Fueron cursadas las órdenes para que se llevase a efecto la idea de Chick.

Y mientras se ponían en contacto con la central por otro teléfono, Chick tomó en su mano el auricular que le brindó Van Loy.

—Diga. Van Loy al habla.

—Oiga, Van Loy. Espero que no serán necesarias las presentaciones.

—Eso usted lo sabrá. Usted conoce mi nombre, pero yo ignoro con quién estoy hablando.

—Usted es un chico inteligente y sabe perfectamente de parte de quién le hablan.

—Está bien. Suelte su cuento.

—Cinco mil y usted no publicará ninguna de esas tonterías que se le han ocurrido a Power.

—Dígale al cerdo que le manda que no hay nada a hacer.

—Diez mil.

—Ni hablar...

—Pida usted.

—Dos millones, trescientos cincuenta mil ochocientos veintitrés con diecisiete centavos —bromeó Van Loy.

—¿Por qué no se burla de su abuelita?

—Soy un chico bien educado. Al contrario que usted, granuja.

—¿Tiene preferencia por algún cementerio, Van Loy?

—Cuando usted esté enterrado, ya dejaré dicho cuál es mi preferido.

—¿Sus flores favoritas?

—Dígale a su jefe que no pierda el tiempo. Eso se publicará.

—Piénselo bien. Dentro de diez minutos volveremos a llamar...

Colgaron de manera brusca en el mismo instante en que un empleado hacía señas.

Colgó también Van Loy.

El empleado informó:

—Llamaban desde un teléfono público próximo al Central Park.

La policía fue avisada.

—Dudo que lleguen a tiempo, aunque procuré entretener al individuo.

Chick, que había colgado, se acercó a Van Loy:

—Siento que esto se pone negro, Van Loy.

—A pesar de ello, y por mí, adelante.

—Y por mí también.

Un reportero que había sido destacado al hospital adonde había sido llevado Hobbs, dio la noticia de que éste había muerto.

Van Loy comentó:

—Lo peor dentro de esto es que el muchacho deja una mujer y una hija recién nacida.

—Van Loy; que se encargue su periódico de montar una velada de boxeo. Busquen el peso medio que más pueda interesar para enfrentarlo conmigo.

—Lo haremos, Power...

El fotógrafo acudió con las pruebas de las fotografías logradas, las cuales mostró a Power.

La que había obtenido cuando Greenwood y Power se enfrentaban, y en la que aparecía Joyce en el fondo, fue calificada de sensacional.

Power se despidió de los periodistas.

—¿A dónde va?

—Al hospital. Trataré de hacer algo por Torton, Es quien más lo necesita ahora.

—Si necesita mi coche, se lo puede llevar.

—Gracias, Van Loy. Tomaré un taxi cada vez y así estaré seguro de que por ahí no me podrán cazar. Mañana nos veremos.

Media hora más tarde, Power llamaba a la puerta de las oficinas de Buddy Taylor.

Abrió uno de los fulanos que le habían buscado en torno al «ring» a raíz del trágico fuera de combate de Hobbs.

El gángster llevaba preparada una pistola en la mano izquierda y la adelantó al encuentro del estómago de Power.

Éste estaba preparado para semejante recibimiento y desplazó su derecha, golpeando con el canto de ella en la muñeca del fulano, al cual obligó a soltar el arma.

Entró a seguido en acción la izquierda del pugilista, que se clavó

materialmente en el hígado del gángster, el cual se dobló hacia adelante, produciendo una especie de ronquido.

La cara del fulano se le ofreció propicia a Power y éste golpeó en corto, cruzando la derecha, que estrelló a la altura de la sien correspondiente.

El granuja abrió los brazos, giró como una peonza y hubiera caído al suelo de no evitarlo Chick, que lo aferró por la ropa y lo colocó ante sí como escudo.

El joven había percibido pasos y no tardó en ver aparecer por la puerta del despacho particular de Taylor la gigantesca humanidad de Roy Tucker.

El jefe de la banda gangsteril empuñaba una pistola que levantó dispuesto a hacer fuego.

Chick le ganó la acción lanzando el cuerpo del granuja que había puesto fuera de combate.

Disparó Tucker un poco tardíamente y las balas fueron a clavarse en el cuerpo del gángster que, a pesar de ello, prosiguió la trayectoria que Chick le había impreso.

Se produjo el violento choque para el que Roy no estaba preparado y el granuja dio un traspiés, estando a punto de caer.

Logró rehacerse apoyándose contra una pared y adelantó la mano armada, empujando con la otra a su secuaz, que rodó al suelo.

Chick había adelantado con rapidez y no permitió en esta ocasión que el granuja disparase, golpeándole con el canto de la mano, haciéndole exhalar un gruñido a tiempo que soltaba el arma.

Roy se fue hacia atrás nuevamente, encontrando el apoyo de la pared.

Levantó una pierna y golpeó furioso tratando de llegar al vientre de Chick, el cual se hubo de doblar para restar efectividad al golpe.

A pesar de ello salió disparado hacia atrás, percibiendo un dolor bastante agudo.

Tucker se lanzó a por la pistola.

Saltó Chick al mismo tiempo, lanzando la cabeza por delante y logró alcanzar en la boca al jefe de los gangsters.

Rugió éste a tiempo que rodaba a causa del golpe.

Vio el hombre que Chick se le iba encima y trató de trabarlo por las piernas.

Saltó el pugilista evitando la tenaza y cayó sobre el estómago de Tucker, el cual bufó, revolcándose de dolor a continuación.

Intentó llegar a la pistola que había quedado en el suelo, pero encontró en su camino uno de los pies de Chick. La puntera del zapato del pugilista reventó los labios e hizo saltar dos dientes al granuja, produciéndole una fuerte hemorragia.

—Yo te enseñaré a colocar explosivos, granuja...

Se revolvió Tucker tratando de aferrar al joven, confiando en su superior peso para anularlo.

Y volvió a encontrar la punta del zapato que se le clavó en uno de los costados, haciéndolo rugir de dolor.

El jefe de los gangsters se hizo un ovillo y buscó para sus riñones la protección de la pared.

Saltó Chick nuevamente sobre él, descargando todo su peso sobre la cabeza, la cual le pateó con saña.

Gruñó y bufó el gángster, retorciéndose de dolor.

El pugilista lo aferró entonces por el cuello de la ropa y lo obligó a levantarse.

Lo sujetó contra la pared y le descargó un seco golpe con el canto de la mano en el puente de la nariz, que sangró también en abundancia.

Y a continuación lo sometió a una serie de rápidos y potentes golpes en los costados y a la altura del estómago.

Tucker abrió mucho su sangrante boca, dando la impresión de que no era capaz de llevar suficiente aire a sus pulmones.

Un golpe aplicado con el canto de la mano, consiguió que la resistencia que aún presentaba Tucker, se debilitara.

Chick colocó entonces a su enemigo un terrible zurdazo a la altura del hígado, y terminó así con la resistencia del gigantesco Tucker, cuyas piernas se doblaron sin fuerzas para sostenerle.

El hombre resbaló hasta caer sobre sus posaderas.

Intentó ponerse de pie en un esfuerzo extremo; no lo consiguió, exhaló un gemido estertoroso y rodó al fin fuera de combate.

—Si no aprovecha la lección, estará claro que es demasiado bestia —expresó Chick.

Tomó un cigarro puro de uno de los bolsillos de Tucker y se lo colocó: a éste en la boca.

Rió divertido al advertir la facha que ofrecía el jefe de los

gangsters.

A continuación dirigió una mirada a la pistola que había sido disparada por Tucker y cuyas balas habían causado la muerte del otro gángster.

El arma estaba provista de silenciador, lo mismo que la del muerto, que por un azar había quedado cerca de éste.

Power sacó de uno de los bolsillos de Tucker un pañuelo y tomó con él del suelo la pistola homicida. Envolvió el arma, atando el pañuelo por las puntas, cuidando bien de que sus manos no rozaran el arma.

—Espero que la policía se sentirá feliz de poseer un arma como ésta.

Guardó el envoltorio en un bolsillo y después de asegurarse de que no había nadie más en la oficina, salió, tomando la precaución de asir la empuñadura de la puerta con un pañuelo, para no dejar en él huella alguna.

Extremando las precauciones, pasó también el pañuelo por el pulsador del timbre después de echar sobre él una bocanada de aliento.

—Siento de verdad no haber encontrado a Maitland. Porque como le ponga las manos encima, de verdad que lo va a sentir.

CAPÍTULO VIII

Chick estaba seguro de que le buscarían después del fracaso del atentado que había hecho volar su coche, y en lugar de irse a su departamento, pidió refugio en casa de un amigo.

Cuando despertó eran ya las diez de la mañana.

Se levantó de un salto, comprobó que su amigo se había ido a trabajar, y se metió en la ducha.

Cuando salió de ella examinó el traje, que se hallaba bastante deteriorado a consecuencia de la explosión.

—Bien. De día sí podré volver a mi departamento. No creo que se atrevan a atacarme y si lo hacen, puede que resulte mucho peor para ellos.

Adecentó el traje en la medida de lo posible y se lanzó a la calle.

La pistola de Roy la había dejado la noche anterior en el guardabarros de un coche patrulla de la policía, en lugar bien visible, aprovechando el instante en que sus ocupantes habían abandonado el vehículo para realizar un servicio.

El joven se había asegurado de que los ocupantes del vehículo, al volver a éste, habían encontrado el arma.

Sonrió Chick al recordar el duro trato que le había aplicado a Tucker y pensó que tal vez en aquellos momentos la policía lo podía estar estrechando a preguntas.

Al pasar por un puesto de periódicos adquirió «The Day», el periódico para el que trabajaba Van Loy.

No lo quiso desplegar en la calle como medida de precaución y entró en un «drug-store», haciéndose servir un jugo de naranja, café, un par de huevos y unas tostadas...

Se situó en un lugar desde el cual podía ver a quien entraba y salía, y comenzó por tomar el jugo de naranja.

Comió con verdadero apetito los huevos y las tostadas y al fin comenzó a sorber su café a la crema, a tiempo que desplegaba el periódico.

Apenas paseó la mirada por la primera plana, sintió que lo que había ingerido se le revolvía en el estómago y que le faltaba el aire para respirar.

El periódico era una segunda edición extraordinaria de «The Day» y en ella se daba cuenta del asesinato de Van Loy.

—Van Loy asesinado...

Todo lo demás perdió importancia ante el criminal hecho.

Estrujó el periódico y sintió que las lágrimas le acudían a los ojos.

—Van Loy asesinado... —repitió como un autómatas.

Sorbió el resto del café y pidió otro.

Entonces pudo leer que el periodista había sido atacado por unos gangsters, desde un automóvil.

El hecho se había producido de día ya, cuando el periodista, una vez la primera edición en la calle, salía de la redacción del periódico para marcharse a su casa.

Lo habían acribillado a balazos y se habían dado a la fuga.

Dos horas más tarde la policía había encontrado el automóvil que los pistoleros habían usado para perpetrar su crimen.

Había sido robado dos horas antes de producirse el atentado y los gangsters habían cuidado bien de no dejar huella alguna.

Todo lo demás, incluso la muerte de Jimmy Hobbs, quedaba relegado a un segundo plano ante la muerte del periodista.

Vio publicadas las fotografías suyas, cuando se enfrentaba con Greenwood y la otra, cerca del automóvil incendiado.

Buscó por si el periódico decía algo de lo sucedido en el despacho de Taylor.

Buscó inútilmente.

—Nada. Ni una palabra.

En un rincón, entre otras breves noticias de tipo semejante, se hablaba del hallazgo del cuerpo de un hombre.

Llevaba tres balazos en el cuerpo, las manos las tenía destrozadas hasta el punto de que no había sido posible tomarle las huellas dactilares y en cuanto a la cabeza, le había sido aplastada por un camión, quedando irreconocible.

—Es éste, no hay duda. Bien, ¿y qué? Esa gente sabe trabajar y no han dejado huella. Por otra parte, está la influencia de Greenwood. No hay más remedio que conseguir contra ellos algo definitivo, algo que ni los más hábiles abogados lo puedan desvirtuar y que la gente, esté colocada en donde esté, no se atreva a taparlo...

Chick estaba seguro de que la Prensa entera tomaría la cosa como suya y que la situación de Greenwood, Taylor y compañía, iba a ser bastante molesta durante unos días.

—Desgraciadamente, la cosa no pasará de ahí.

Se sintió como un pigmeo ante las fuerzas del mal tan bien organizadas, tan bien arraigadas, con sus tentáculos tendidos hasta los lugares más influyentes.

Sintió tentaciones de buscar a Maitland en su propia madriguera y hacer con él algo semejante a lo que él y su gente habían hecho con Van Loy.

—Pero no, yo no puedo hacer una cosa así. No soy un criminal.

Un poco tardíamente comprendió Chick que el duro castigo que había infligido a Tucker no había servido para hacerles retroceder.

—Por el contrario. Ahora necesitan demostrar más que nunca que no están dispuestos a retroceder ante nada.

Tomó un autobús que pasaba por enfrente del edificio en donde tenía su departamento.

En lugar de bajar en la parada anterior, la más cercana, siguió hasta la siguiente y al pasar frente al edificio examinó detenidamente a uno y otro lado de la calle.

—Parece que no hay nadie. Deben pensar con muy buen juicio que no estoy en casa.

A pesar de abrigar tal convencimiento, cuando se apeó en la parada siguiente del autobús, en lugar de entrar en el edificio por la puerta principal, empleó la puerta carbonera y de servicio, que en tal momento se hallaba abierta, y subió en el montacargas en lugar de hacerlo en el ascensor.

El portero movió la cabeza con aire pesimista.

—Le debió trastornar lo de anoche. Este chico terminará mal, sí, señor, y es una lástima porque es buena persona.

La portera chilló desde su caseta:

—¿Qué murmuras ahí? Yo digo que es un estupendo muchacho

y que tendrá suerte.

—Según a lo que tú llares suerte. Esa Ginny Davies que se ha puesto en su camino va a por él y lo cazará. Tiene unas piernas preciosas.

—¿Y te parece poca suerte?

—¿Quieres decir que el matrimonio no es una desgracia? Tú tenías unas piernas bastante lindas y ¡válgame el cielo! ¡Cómo me veo yo ahora por culpa de ellas! Han sido un dogal que no me dejó respirar en toda mi vida.

—¡Pues divórciate! No creas que me quedaría sola por eso.

—¡Lo que me faltaba! Y así te comerías lo poco que gano sin tener que molestarte por mí. ¡Pues no señor! ¡Te fastidiarás! Y será inútil que alegues eso de «crueldad mental». No hay ningún juez que se lo crea aunque a veces hagan la vista gorda.

Marido y mujer quedaron gruñendo, dirigiéndose miradas furibundas, aunque sin osar romper seriamente las hostilidades por ninguna de las dos partes.

En tanto, Chick había llegado al piso en donde tenía su departamento.

No observó nada anormal y se dirigió a la puerta, en cuya cerradura introdujo la llave.

La hizo girar sin producir ruido alguno y abrió con toda cautela, disponiéndose para rechazar cualquier ataque por sorpresa.

El silencio en el departamento era absoluto y todo parecía normal en él.

Chick tomó aire y adelantó un paso.

Percibió entonces un olor que le era extraño y actuó instintivamente echándose a un lado a tiempo que algo zumbaba muy cerca de uno de sus oídos.

Percibió un doloroso choque en el músculo trapecio y se ladeó aún más, contraatacando de manera contundente.

Clavó su derecha a la altura del estómago de su enemigo, que se dobló hacia adelante, y remató con un golpe aplicado con la mano entre el músculo trapecio y el esternomastoideo.

El segundo golpe fue de efectos fulminantes y el granuja cayó al suelo como fulminado por un rayo.

Percibió Chick a contraluz la silueta de otro individuo que se hallaba frente a él. Intuyó por su movimiento que había sacado una

pistola con la que se aprestaba a disparar y saltó, tratando de colarse por debajo de la línea de tiro.

Percibió el leve ruido de los disparos, pues la pistola estaba provista de silenciador. Escuchó también el mosconeo de los proyectiles y el ruido sordo que produjeron al clavarse en la puerta.

Mientras saltaba pensó que cualquiera de aquellos abejorros podía enviarlo al infierno.

El choque con el gángster fue espantoso, llevándose al hombre por delante.

El granuja, pese a su juventud, se golpeó al caer con la cabeza en el suelo y quedó aturdido. Pero Chick no se confió y le asestó un golpe con el canto de la mano en el puente de la nariz.

Gruñó el otro y se estremeció, tratando de librarse del pugilista; y éste hubo de golpear nuevamente, dejando al hombre fuera de combate.

Se levantó y comenzó por atar a ambos las manos a la espalda.

—Ha sido un estupendo recibimiento, sí, señor.

Llamó por teléfono a la central de policía y pidió:

—Con el sargento Mortensen, de Homicidios. De parte de Chick Power.

No tardó en oír la voz del policía:

—¿Qué hay, Power? ¿Tiene alguna noticia nueva?

—Aquí tengo dormiditos a dos angelitos. Intentaron hacerme un recibimiento que consideré excesivamente caluroso.

—¿Es en su departamento?

—Precisamente en él.

—Llamé varias veces durante la mañana y no respondieron.

—Ellos se sentían como en su casa, pero un poco menos. Y no quisieron denunciar su presencia aquí.

—Voy enseguida.

—De acuerdo. Le aguardo mientras me cambio de ropa.

Chick colgó, realizó luego una pesquisa en el departamento, cerró todas las ventanas y se dispuso a cambiar de ropa.

El sargento no llegó solo, sino acompañado del teniente Castle, el cual había sido informado por Mortensen de lo sucedido en el coche.

—¿Cree que éstos tienen algo que ver con los del explosivo en su coche?

—Estoy convencido de que sí.

—¿Causas?

—Yo las buscaría en mis declaraciones a la Prensa.

—¿Conoce el asesinato de Van Loy?

—Sí. Me enteré cerca de las once, por la segunda edición de «The Day».

—¿Quién dirige a esta gente, Power? Usted lo sabe.

—Yo se lo preguntaría a ellos cuando despertasen.

—Será inútil y usted lo sabe perfectamente.

—Entonces puede preguntarle a un tal Roy Tucker. Está íntimamente ligado a la gentuza que se ha visto afectada con mis declaraciones.

—Lo hemos buscado, pero es como si se lo hubiese tragado la tierra. Barry Duncan y Buddy Taylor han ido a Europa en busca de boxeadores. En cuanto a Clive Greenwood, se ha tomado unas vacaciones y se ha ido a Florida...

—Una verdadera desbandada...

—Eso mismo pienso yo. Unos y otros han demostrado que sus proyectos eran anteriores a la pelea de Torton y Hobbson. Y no puedo meterles mano.

—Una verdadera pena, teniente. En fin, ¿qué le vamos a hacer? He leído en la Prensa que fue encontrado un hombre con tres balazos en el cuerpo y la cabeza destrozada. He pensado que puede tener también relación con todo esto.

Castle preguntó:

—¿Qué motivos tiene para pensar eso?

Chick no podía confesar que había allanado el despacho de Taylor y respondió:

—Pura intuición, teniente. Usted ya sabe que en mi profesión, si se quiere llegar a ser algo, hay que ser un intuitivo, entre otras cosas.

—¿Qué sabe de una pistola envuelta en un pañuelo, que dejaron anoche sobre el guardabarros de un coche patrulla? —preguntó el teniente.

El rostro de Power expresó asombro e inocencia y preguntó:

—¿Sucedio eso?

—Sí.

—Es estupendo. Eso parece significar que la gente desea apoyar

a la policía en su lucha contra el crimen, aunque tiene miedo a comprometerse.

—Puede ser. ¿No le dice nada su intuición? —preguntó el teniente en tono humorístico.

—Yo intentaría establecer una comparación entre las huellas que pueda llevar la pistola y las huellas digitales de Roy Tucker o de Kirk Maitland...

—No son las de Maitland. Y las de Tucker no están registradas y él ha desaparecido. Las balas que terminaron con la vida del hombre de la cabeza destrozada, habían salido de la pistola encontrada.

—¡Estupendo, teniente! Eso quiere decir que tienen en sus manos bastantes piezas de este rompecabezas... Un poco más, y ¿quién sabe?

El teniente señaló para los dos gangsters.

—Lo malo es que estos dos fulanos no hablarán ni aún cuando se les mate. Por otra parte, no nos permiten aplicar el tercer grado. Y tan pronto se sepa que han sido detenidos, lloverán los abogados para defenderlos.

—Metan en la jaula también a éstos —abogados...

—¿Cree que si no lo hacemos es por falta de ganas? —preguntó el teniente.

—Comprendo, teniente. La lucha es difícil.

—Y tan difícil. Las leyes hechas para proteger al inocente que se puede ver acusado por una falsa apariencia o por una circunstancia dada, protegen también a estos granujas. Pero parece que tiene que ser así.

El teniente se encogió de hombros mostrando resignación y se dirigió luego a los granujas, que habían vuelto en sí.

—Vamos arriba, pajaritos. Os voy a estrechar de cuentas.

El que había disparado, dijo con aire digno:

—No diré una sola palabra si no es en presencia de mi abogado.

Castle se sintió herido por el cinismo que mostraba el fulano, lo asió por la pechera y le hizo golpear en la pared con la cabeza.

—Cuidado, granuja, no sea que no llegues a tiempo de ver un solo abogado en lo que te resta de vida. Todos los días suceden accidentes. Anoche mismo, uno de tus compinches fue aplastado por un camión...

Hizo una pausa calculada y añadió luego:

—Naturalmente, sucedió cuando llevaba ya tres plomos durante un buen rato entre pecho y espalda. Algo que te puede suceder a ti, granuja...

Mientras informaba Chick al teniente lo sucedido, el sargento Mortensen se ocupó de extraer los proyectiles que habían quedado clavados en la puerta, recogiendo también la pistola que se hallaba en el suelo.

Lo hizo cuidadosamente, espolvoreándola para poner de relieve las huellas.

—Creo que con esto es más que suficiente para que se pasen una buena temporada en la sombra —murmuró Mortensen.

—Eso es poco —respondió el teniente—. La gentuza que los mantiene, por el mismo precio, tendrá otros tan buenos o mejores.

Chick preguntó al policía:

—¿No serán éstos los que terminaron con la vida de Van Loy?

En el rostro del gángster se señaló un gesto de alarma, pero permaneció silencioso, apretando fuertemente los labios.

—El examen de los proyectiles que terminaron con él y su comparación con los que ha disparado contra usted, dirán si ha sido él o no.

—Pueden haber cambiado de pistola. Estos granujas se las saben todas.

—En ese caso, ¿qué se le va a hacer? —preguntó el teniente.

Repiqueó el timbre del teléfono, y Chick acudió a la llamada.

Experimentó viva satisfacción al escuchar la voz de Ginny:

—Necesito verte, campeón.

—Y yo a ti también, nena. Pero no quiero echarte encima toda una manada de lobos.

—He dicho que necesito verte. Te llamé tres veces esta mañana. ¿Qué pasó anoche con el coche? No comprendo cómo estuvieron a punto de cazarte.

—Cambiaron el lugar, nena, y no lo pude prever. El deflagrador no estaba conectado con el motor, sino con las ruedas. Una bonita broma, mi vida.

—He pasado mucho miedo. Aún no comprendo cómo te pudiste librar.

—Suerte pura, nena. La misma que me llevó a tu lado.

—¿Qué hay de la morena aquella que aparece en la fotografía en la que pareces un gallito? Me dijeron que antes de eso se pegaba a ti como una lapa a la roca.

—No hagas caso, nena.

—Sí hago caso. Estoy afilando las uñas, dispuesta a sacarte los ojos.

—El que se chivó te podía haber dicho también que puse una barrera de humo entre la morena y yo.

—También me lo dijo y eso es lo que te salva.

—¡Bien! Menos mal. Y ahora comprende, nena. Yo no tengo la culpa de gustar a las damas.

—¡Yo gusto a los caballeros!

—De acuerdo. Pero sólo puedes querer a uno y ése soy yo.

—Te espero ahora mismo a la puerta de la academia.

Chick decidió que necesitaba verla y pensó que no le iría mal tampoco conversar un rato con Percy Bradock, el chantajista.

—Está bien, nena. Voy para ahí enseguida.

—Almorzaremos juntos.

—No me interesa exhibirme por ahí. Tengo mi miedo, ¿sabes?

—Es igual. Almorzaremos en mi departamento. Pero no te hagas demasiadas ilusiones. Invitaré también a míster Bradock —añadió la picante pelirroja con expresión maliciosa.

—Aunque no lo creas, casi lo prefiero.

Ginny reflejó vivo asombro al preguntar:

—¿Estás enfermo, Chick?

—No, pero yo tengo ahora demasiadas complicaciones. No te enfades, nena; hasta ahora.

Colgó el aparato telefónico.

Castle le anunció:

—Le vi a veces con ella. Es usted un fulano con suerte, Power.

—A veces también yo creo que tengo suerte. Falta hace ahora que no se quiebre. Estos fulanos piensan todo lo contrario, ¿sabe?

—Que se procuren ellos un poco de suerte. De lo contrario, lo van a pasar mal. No hay quien les quite el allanamiento de morada e intento de asesinato.

Se dirigió a ellos:

—¡Vamos, granujas, en marcha!

CAPÍTULO IX

Ginny abrió la puerta de su departamento y ayudó a Chick a descargar los paquetes que éste llevaba.

Ginny esquivó una mano de Chick cuando éste hubo descargado, y le dijo:

—No me gusta nada esa mirada tierna que pones...

—No te creo...

—¡Bien! Pues me gusta demasiado y por eso mismo le tengo miedo.

Volvió a esquivar otro zarpazo de él, se colocó a su espalda y lo empujó, diciendo:

—Ahora, mientras yo preparo el almuerzo, tú invitas a míster Bradock en mi nombre.

—¡No he conseguido volver a verte las piernas!

—Entonces no había peligro. Y ahora sí lo hay. Ed marcha y silencio, o te pongo un veneno en el almuerzo.

Hubo de resignarse Chick, quien subió hasta el quinto piso a grandes zancadas.

Llamó a la puerta de Bradock.

Observó el joven que tardaban bastante en abrir e iba a insistir cuando advirtió que la mirilla se abría y que los vivos ojos del viejo le inspeccionaban.

Al otro lado de la puerta se produjo un gruñido de satisfacción. A continuación se oyó el ruido de unos cerrojos al ser descorridos y al fin se abrió la puerta, apareciendo ante Chick la escuálida figura del viejo, que se hallaba en mangas de camisa.

—Hola, Chick, pasa.

—Estamos invitados a almorzar por Ginny...

—Buena chica, sí, señor. Has tenido suerte por partida doble. Te

libraste de Joyce y has encontrado a ésta.

—¿Trabajando, viejo?

—Estaba entreteniéndome...

—¿Alguna obra de arte? —preguntó en tonillo irónico.

—No se puede decir que sea una obra de arte; pero se le acerca.

—Entonces, la destruirá...

—Nada de eso, Chick. A veces el artista se tiene que prostituir y comercializar su arte para vivir. Y éste es mi caso presente.

Percy había cerrado. La gata negra de angora acudió a la voz de Chick y rozó su cabeza con las piernas del pugilista.

—«Priscilla» sabe perfectamente que has contribuido generosamente a que ella lleve una vida regalada.

—¿Por qué no trabaja para mí, Percy? —preguntó inesperadamente Chick.

El viejo dio un respingo y respondió cuando logró dominar su sorpresa:

—Tú eres una persona decente, Chick. Y yo, no. Esto te lo digo en confianza, pero ella no debe enterarse jamás. Es una ingenua, ¿sabes?

—Necesito un «manager», Bradock. Puede serlo usted.

—No entiendo una palabra de eso, debes creerme.

—No es necesario. Basta con que entienda yo. Usted me representará.

El viejo pareció meditar y respondió al fin:

—Chick. No pongas jamás un gato a guardar un pescado, ni un ratón a proteger el queso si el ratón está vivo, naturalmente.

—Aquí no hay gato ni pescado, ratón ni queso...

—Tú me entiendes perfectamente, muchacho. Sería inútil que intentases redimirme. Ni aún Ginny, con todo lo que la quiero, lo conseguiría.

—¿Qué lleva hoy entre manos, Percy?

—Secreto profesional, hijo mío. Soy un granuja, Chick, pero tengo mi código del honor.

Mostró Bradock una dignidad que tenía mucho de cómica.

—Está bien, Percy. Cambiemos de hoja.

—Cambiemos de hoja...

—Necesito pruebas contra los asesinos de Van Loy, contra los asesinos de Jimmy Hobbs.

—¿Por qué no dejas eso a la policía? Es cosa de ellos. Lo tuyo es boxear.

—Para poder boxear hay que barrer a esa gente del mundillo pugilístico.

—También es cosa de ellos. Yo que tú me daría una vuelta por Centro y Sudamérica, Austria y hasta me largaría a Europa...

—Yo no huyo, Percy.

—Eso no es huir. ¿No puedes pelear aquí? Peleas por ahí. Has levantado bastante polvareda y con eso es bastante para que mientras tú estás fuera, sea el aparato de la justicia el que haga la limpieza.

—Necesito pruebas contra esa gente, Percy. Y un hombre como usted puede conseguirlas.

—Temo que no sabes lo que dices, muchacho.

—Lo sé perfectamente. Su teleobjetivo puede llegar hasta muchos sitios y yo tuve pruebas de ello.

—Chick. Tengo motivos más que sobrados para no querer nada con la justicia...

—Usted no tendría que ver nada con ella. Me entregaría la prueba en lugar de entregarla al interesado. Para usted resultaría menos expuesto, Percy, puesto que no tendría que hacer chantaje...

—¡Por favor, Chick! Esa palabra...

—Bien. Pongamos presión... Y yo le pagaría mejor durante el tiempo que se estipulase.

Bradock sonrió con aires de superioridad y manifestó:

—Chick, no sabes lo que dices. Nadie creería que mi trabajo lo habías hecho tú. Se investigaría y los palos lloverían sobre mí, por lo menos desde dos puntos...

—Haciendo ese trabajo para mí, no habría ningún peligro para usted. Nadie sabría quién lo había hecho. Y aunque pensarán que no lo había hecho yo, tendrían que aguantarse y conformarse con lo que yo dijera.

—Nada de eso, Chick. No me saldré de lo mío. Me resulta más divertido, tiene su emoción deportiva, no vayas a creer...

—La caza también es un deporte, Percy. Y hay mucha gente que le cazaría bien a gusto.

—No creas que lo ignoro. Pero siempre que me ven es rodeado de público. Por otra parte, está el miedo a que si me sucede algo,

salga a relucir lo suyo con todo lo demás.

—Yo le seguí hasta la cueva...

—Contigo me descuidé porque sabía que eras un buen chico.

—Diga que me creyó, tonto...

—Nada de eso. A los que más temo es a los tontos o a los que lo parecen. De éstos me guardo bien.

—¿Y si un día la casualidad lo pone a usted ante las narices de una de sus víctimas, en un lugar en donde no tenga nadie que le pueda defender?

—Supongo que se ha de correr algún riesgo. En fin, ¿no habías hablado de un almuerzo? Ginny estará impaciente.

Bradock mantenía en sus brazos a «Priscilla», acariciándola amorosamente.

—Si aguardas un momento, me pondré decente.

Como demostración de afecto le entregó a «Priscilla» a tiempo que decía:

—Créeme que lo siento de verdad, Chick. Me gustaría poder complacerte, pero eso no es lo mío. Además, me gustaría que no te metieses en líos. Cásate con Ginny y os largáis. Ella se llevaría una gran alegría si se lo propusieras...

Minutos después los dos hombres llamaban a la puerta del departamento de Ginny, la cual salió a recibirles fingiendo enfado.

—¡Pues no son nada los hombres cuando se ponen a charlar! Para que luego hablen de las mujeres...

Se había puesto bastante ligera de ropa, se había peinado y perfumado con esmero.

Percy comentó en tono humorístico:

—Unas cosas saltan a la vista... Otras se adivinan... ¡Yo ríó perdería el tiempo en tonterías! Y, sobre todo, cuando esas tonterías pueden costarle a uno la cabeza, como a ese pobre de Van Loy...

* * *

Al siguiente día, Bradock aguardaba pacientemente en la confluencia de Broadway con la Séptima Avenida.

Conocía sobradamente a Roy Tucker, al cual había citado en el lugar.

Pasaban dos minutos de la hora señalada para la cita, pero no

por eso se inquietó Bradock.

Sabía perfectamente que había argumentado suficientemente bien en la conversación mantenida telefónicamente para que Tucker no faltase a la cita.

Cuando pasaban cinco minutos, advirtió la presencia de Kirk Maitland, el segundo de Tucker, el cual Plegaba a pie y sin prisas.

«Eso no es lo convenido —dijo para sí Percy—. Pero es igual».

Se mantuvo inmóvil en su sitio, observando los movimientos en torno al recién llegado.

—Bueno. No se atreverán a contravenir mis instrucciones.

Maitland, durante los cinco minutos que aguardó, fue señalando cierta impaciencia que se mostraba en dosis progresivas.

Percy, en tanto, observaba atentamente, asegurándose de que el recién llegado no cambiaba mirada alguna de entendimiento con nadie.

—Y después de todo, ¿qué? Les conviene estarse quietos. Estoy seguro de que lo comprendieron y lo comprenderán mejor aún cuando vean la «foto».

El granuja salió del lugar empleado como punto de observación y se dirigió sin más a reunirse con Maitland.

—¿Es aficionado a coleccionar autógrafos?

Maitland, antes de responder, miró con fijeza al hombrecillo, tratando de impresionarlo.

Bradock sonreía con expresión bondadosa y dijo:

—Estoy ya de vuelta, Maitland. ¿Por qué no vino él?

—Porque no le dio la gana.

—Está en su derecho, sí, señor —admitió Bradock.

—Veamos eso y terminemos de una vez.

—No se impaciente, amigo mío. Estas cuestiones hay que tratarlas con calma. Son bastante delicadas.

—Yo no tengo tiempo que perder...

—¿Y qué va a hacer por ahí a estas horas, a pleno sol? A estas horas la caza es muy expuesta...

—Eso es cosa mía.

—Antes que nada debo advertirle que si a mí me sucede un «accidente», como a ese fulano que apareció con la cabeza aplastada y tres balas en el cuerpo, usted no tendría solución, Maitland...

Antes de que el otro pudiese hablar, siguió diciendo:

—¡No se adelante! Lo peor del caso sería que mucha gente que cumple honestamente sus compromisos conmigo, estarían vendidos. ¿Se imagina usted el escándalo?

Hablaba con calma, manteniendo la sonrisa en los labios.

—Resultaría imperdonable. ¡Un montón de gente al descubierto, en la picota! ¿Y todo por qué? Porque un tal Maitland había llevado a cabo una barbaridad que no podía hacer otra cosa que llevarlo a él a la silla eléctrica.

—Todo eso está de sobra. Yo cumplo mis compromisos siempre.

—Sobre todo, cuando no tiene más remedio...

Percy, calmadamente, extrajo de un bolsillo un sobre y luego sacó de él una fotografía que mantuvo boca abajo, diciendo:

—Píense que existe un negativo y otra copia, que en un momento dado se multiplicarían. Yo sé de unas cadenas de Prensa que me pagarían muy bien, sí, señor. Sobre todo, «The Day».

Percy observó que Kirk se estremecía ligeramente y que entornaba sus ojos hasta parecer dos diminutas puntas de brasa.

El chantajista dio vuelta a la cartulina y la mostró a Maitland, el cual desorbitó la mirada.

No pudo contenerse y la arrebató a Percy, que preguntó calmadamente:

—¿No le parece una verdadera obra de arte? No falta un detalle.

—¡Maldito pigmeo! Lo voy a machacar.

—Eso es lo fácil, Maitland. Lo difícil vendría luego. Toda la influencia de Clive Greenwood no le iba a librar de la silla eléctrica.

Al oír nombrar al siniestro aparato, Maitland volvió a estremecerse.

Percy prosiguió hablando tal que si se tratase de un negocio normal.

—Por otra parte, míster Greenwood tendría que abandonar sus vacaciones y regresar precipitadamente.

Se aupó sobre las puntas de los pies, como ya había hecho en el caso de Power y dijo:

—Como verá, no falta detalle. Todo está perfectamente claro. Tuve mucha suerte, porque de una cosa así no se pueden tomar dos o tres vistas, por si las primeras salen mal.

Maitland, que logró reponerse, preguntó:

—¿Cuánto?

—Una modesta cuota mensual, una bagatela para una organización tan potente como la de ustedes.

—Cinco mil y usted entregará el negativo y todas las copias que tenga.

—¡Qué bonito! ¿Para qué me enviasen al cielo con una carga semejante a la que le dedicaron a Van Loy? ¡Ni hablar del asunto!

—No pensará que vamos a soltar la pasta y que nos va a tener enganchados siempre.

—Pues se equivoca, porque es precisamente eso lo que pienso.

—Le he brindado la paz, amigo, y usted elige la guerra.

—¡Nada de eso! La garantía de que haya paz es precisamente que el negativo esté en mis manos. Cada cual tiene sus métodos.

—Diez mil, y que no se hable más del asunto.

—El precio es tentador, pero mi piel vale más. Por otra parte, a mí no me gusta abusar de la gente. Cien dólares mensuales.

—Oiga, hermano: no se ponga testarudo porque sería su fin.

—Y el suyo, Maitland. Se haría célebre y apestaría la prisión a carne de cerdo tostada.

—Van Loy galleó lo suyo y ya vio usted el final.

—Van Loy se dio del todo, sin reservarse nada. Yo tengo una preciosa reserva. Él era una persona decente y yo soy un granuja. No tanto como otros que presumen de personas decentes; pero llevo lo mío a las costillas.

—No podemos dejar eso en sus manos.

—Allá ustedes. Tienen tres días de tiempo para pensarlo. Cada día que pase, la primera cuota subirá cien dólares. Después irá todo normal.

El hombrecillo se dispuso a marchar; pero se vio contenido por Maitland, que dijo:

—Está bien. Parece que hemos de aceptar.

—Es lo que pensé yo cuando me puse en comunicación con ustedes.

Maitland sacó la cartera y entregó los cien dólares a Percy en billetes pequeños.

El viejo guardó el dinero sin contarlos, diciendo:

—He decidido que debo fiarme. Si faltase algo, lo pagaría en la próxima entrega con recargo.

A continuación entregó la fotografía al gángster.

—Ahí tiene. Es una especie de recibo de que me entregó la cantidad. Pero no vaya a abusar usted diciendo a sus compinches que ha pagado una cantidad mayor.

—Puede vivir tranquilo. El juego está entre gente honrada.

—No cabe la menor duda. ¡Ah! Y antes de separarnos, una cosa. Si intentan seguirme alguna vez, entregaré el negativo y la fotografía que resta, a la policía. Y luego sería cosa de que yo hiciese un viajecito hasta ver en qué había quedado la cosa.

CAPÍTULO X

Maitland tomó sus precauciones al separarse de Percy.

Sabía que el viejo sería seguido desde lejos y por su parte necesitaba llegar hasta Tucker sin correr el riesgo de que le siguiesen.

—Este maldito chantajista nos tiene entre sus manos...

Cuando llegó al refugio en donde se hallaba Tucker, éste se había levantado a pesar de que le duraban aún los efectos del bárbaro castigo a que Power le había sometido.

El recién llegado entregó la fotografía a Tucker, el cual dio un respingo al verla.

—Como podrás apreciar, no exageró cuando nos aseguró que nos tenía en sus manos.

El gángster señaló para una figura de la fotografía y dijo:

—No hay duda alguna que ése es Van Loy en el momento en que caía acribillado.

—No hay duda alguna. El lugar, la cara, todo...

—Y se aprecia claramente que ése soy yo, y que estoy disparando.

—También está claro.

—Y que quien va al volante es Dave.

—Sin duda alguna. Y los otros dos, —aunque no están tan claros, no resultarían difíciles de identificar.

Guardaron silencio que rompió el propio Tucker:

—¿Cómo pudo hacer esto?

—No se lo pregunté. Sospecho que me hubiese negado la información —respondió Maitland irónicamente.

—¿Quién es?

—No lo conozco. Un hombrecillo insignificante al cual darías

una limosna aún sin pedírtela.

Maitland dio las señas de Bradock y Tucker dijo al fin:

—No lo conozco, pero se harán gestiones. Y ya veremos Jo que nos dicen los muchachos.

Maitland dio cuenta de cómo se había producido la entrevista y de las amenazas de, Bradock.

—Eso no me da cuidado. En el momento en que él entregue eso a la policía, su vida no valdrá un centavo. Y eso él lo sabe perfectamente.

—¿Qué hay de míster Greenwood?

—Ya ha movilizado a los abogados para que se preocupen de mi asunto. No voy a pasarme la vida encerrado...

—¿Y yo?

—Se ocuparán de lo tuyo también y, si fuese preciso, darías una vuelta por el extranjero.

—¡Ese maldito pelele me ha fastidiado bien!

—Cien dólares mensuales no es una fortuna. Y no lo pagaremos durante mucho tiempo. Todo consiste en saber buscarle la vuelta.

* * *

Percy abrió la puerta de su departamento de manera confiada, cerrando tan pronto hubo entrado.

Le extrañó que «Priscilla» no saliese a recibirle y entonces se dispuso a abrir para salir, dispuesto a emprender la huida.

Pero antes de que tocase el picaporte, apareció Maitland ante él, apuntándole con una pistola que llevaba ajustado un silenciador.

—Si te mueves, te clavo. Y estos chismes no hacen ruido... Un gran invento el silenciador; tanto como el teleobjetivo.

—Con la diferencia de que un teleobjetivo no lleva a la silla eléctrica y una pistola sí.

—Eso está por ver aún. El mundo es grande...

—No pierda el tiempo, Maitland. No tengo aquí lo que quiere. Uno es precavido.

—Ahora qué estás localizado, eso no tiene importancia. En lo sucesivo no podrás dar un paso que no esté controlado por mis muchachos...

—¿Y qué?

—Daremos con el escondite más pronto o más tarde. Y no permitiremos que comuniques con nadie para que no puedas hacer tu envío a la policía.

—No será necesario que lo haga yo, te lo aseguro.

—En el supuesto de que haya otro, él no enviará nada hasta que no te haya ocurrido un «accidente», recuerda. Y como por el momento al menos no te va a suceder «accidente» alguno...

Percy se mordió los labios reconociendo que la postura de Maitland era la que dominaba en aquel momento.

Maitland observó al granuja con gesto burlón y preguntó al cabo de más de dos minutos de silencio:

—¿Qué decides?

El chantajista tardó en responder:

—Bien. Debo reconocer que he perdido mi posición favorable, por el momento.

—Por el momento y por siempre.

—Entonces, perdido por perdido, no os daré nada.

—Te ofrezco la vida a cambio del negativo y la copia. El precio no está mal.

—Sé que no cumpliréis vuestra palabra.

—La cumpliremos. Somos protectores de la ancianidad — manifestó Maitland burlonamente.

Percy meditó, respondiendo al fin:

—Está bien. Aguarda aquí mismo. Antes de una hora estaré con todo lo tuyo.

—Nada de eso. No te moverás de aquí. Escribe una nota para el fulano que tiene el depósito. Se la llevará uno de nuestros muchachos.

—No entregará nada como no sea personalmente. Es lo convenido. Ahora bien, si quieres acompañarme...

—No tengo interés ninguno en ello. Y como no tengo prisa alguna, me quedaré haciéndote compañía. Mis amigos saben en dónde estoy y me traerán comida, bebida y tabaco. Y a la hora de dormir se quedará uno de guardia conmigo.

—Me desagrada tu compañía. Pero si no hay otra solución...

—Ninguna solución —concretó Maitland —Con la agravante para ti de que a mí sí me traerán comida, pero lo que es tú y tu gata, sospecho que vais a pasar más hambre de la que normalmente

se puede tolerar.

Percy comprendió que Maitland lo traía todo perfectamente estudiado y fingió que se sometía.

—¡Está bien! Tengo que rendirme... Si me acompañas al laboratorio, te entregaré el sobre que contiene lo tuyo. La verdad es que no había tenido ocasión de llevarlo aún al depósito.

La expresión de Maitland reflejó vivo recelo.

Percy lo supo interpretar y dijo:

—Comprendo. Has registrado y no has encontrado nada...

—Eso mismo. No he encontrado nada —confirmó Maitland.

—No pensarás que lo iba a tener a la vista da cualquiera que pudiese entrar. Yo velo por mis clientes. Hasta ahora ninguno ha tenido queja de mí —aseguró Percy.

—Dale menos a la «sinhueso» y vamos, hermanito. Me estás fastidiando ya —manifestó Maitland perdiendo la paciencia.

Abrieron una puerta y «Priscilla» acudió a su amo, refregando su cuerpo contra las piernas de él.

—¡Hola, «Priscilla»! Estoy seguro que me echabas de menos, mientras que te habrá fastidiado bastante la presencia de alguien.

Tomó Percy en sus brazos a la gata y dijo dirigiéndose a Maitland:

—Es mi única familia.

Poco después abrió Percy la puerta del laboratorio, encendió la luz e invitó a pasar a Maitland.

—Nada de darte la espalda, hermanito. La tengo ancha y podría resultar una peligrosa atracción para ti.

—Si tú tienes miedo, yo no lo tengo —aseguró Percy entrando.

El hombre marchó directo a una cubeta, descubrió un doble fondo y extrajo un sobre azul.

—Siento haberte revelado el escondite, pero eres tan desconfiado... Vamos para afuera.

Volvieron al pequeño *hall* de entrada al departamento y Percy alargó el sobre a Maitland, quien lo tomó con manos ávidas.

Se produjo en la escalera ruido de pasos, en los que Percy reconoció los de Ginny y los de Chick.

Advirtió al gángster:

—Viene gente. Conviene que te largues...

—¿Vienen aquí?

—Sí. Conozco sus pasos...

—Pues que se aguarden un momento...

El granuja se dispuso a abrir el sobre y en el mismo instante Percy le echó la gata a la cara.

El animal clavó sus uñas en el rostro de Maitland que aulló de dolor.

A ciegas casi levantó la pistola que empuñaba, disponiéndose a disparar contra el chantajista.

Éste saltó de costado a tiempo que se aferraba a la muñeca correspondiente de Maitland, tirando de ella para que no pudiese disparar con efectividad.

A la vez que realizaba la arriesgada maniobra, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡A mí! ¡Socorro! ¡Echen abajo la puerta!

Se produjo en la puerta, por su parte posterior, un fuerte, golpe; y la madera crujió.

Maitland se vio perdido y reunió todas sus fuerzas, sacudiéndose como pudo a Percy, que fue a estrellarse contra la misma puerta.

Maitland, sin aguardar a más, hizo fuego.

El cuerpecillo de Percy dio una aparatosa voltereta al primero de los disparos y señaló dos sacudidas a otros tantos disparos.

Quedó inmóvil, muerto.

Se produjo otro violento empujón en la puerta que dio la impresión de que no podría resistir dos ataques más como aquél.

Maitland pensó hacer frente a los que llegaban, pero pensó a seguido que las cosas se podían complicar bastante más de lo que estaban.

Señaló un ademán de indiferencia, dirigió una última mirada a Percy y echó a correr a tiempo que decía:

—A fin de cuentas tengo ya lo que necesitaba.

De dos saltos llegó hasta el ventanal de que se había valido para entrar.

—¡Antes de que transcurran dos minutos, estará el edificio acordonado por la policía!

Maitland, habituado a acciones como aquélla, no vaciló un segundo y se lanzó por la escalera para casos de emergencia.

Estuvo a punto de romperse la cabeza un par de veces, pero al fin llegó a terreno firme.

Se deslizó hábilmente para no llamar la atención y se dirigió al automóvil en donde le aguardaban un par de compinches.

—¡Vamos, muchachos! El asunto está concluido. Un granuja menos en la tierra...

Maitland, que había actuado con guantes hasta el momento, se despojó de ellos y los guardó en un bolsillo.

—Espero que no habrá quedado ni rastro.

—En tu cara sí hay rastro de uñas.

—No estuvo la cosa fácil. Ha estado en un tris que no me dejase ahí la piel. ¡Adelante! Antes de dos minutos estará esto acordonado por la policía.

El que conducía, un tal Dave, lanzó el automóvil a toda velocidad, dirigiéndolo hacia la parte de East River.

A la vista de una playa de estacionamiento, advirtió a sus compañeros:

—Aseguraos que no quedan huellas de nadie en el coche.

—Descuida.

Aparcaron el coche que habían robado a casi dos millas de distancia, y se apresuraron a subir en el de ellos, que estaba aparcado en el lugar.

Dave volvió a dar muestras de su pericia al volante y veinte minutos más tarde se detenía frente a una pequeña construcción rodeada de un pequeño parque jardín.

El primero en saltar del coche fue Maitland, al cual no tardaron en reunirse sus acompañantes.

La puerta se abrió antes de que ellos llamasen y los tres granujas penetraron en la casa, llegando hasta el lugar en donde se hallaba Tucker.



—Yo le seguí hasta la cueva

Maitland arrojó sobre la mesa el sobre que le había entregado Percy:

—Ahí tienes, jefe. El fulano no hará ya más chantajes. Y lo único que siento es que no me han dado ocasión a recuperar los cien dólares que me arrancó el primer día.

Abrió Tucker el sobre y, efectivamente, sacó un negativo

fotográfico y una fotografía semivelada y que, al parecer, no tenía nada que ver con el asesino de Van Loy.

Tucker, tratando de dominar la sorda irritación que le ganaba, alargó a Maitland lo que había sacado del sobre.

—Ahí tienes. Ese fulano se ha burlado lindamente de ti.

—¡No es posible!

—¿No es posible? Pues mira eso y te convencerás.

Tomó Maitland lo que su jefe le alargaba y lo estrujó en su mano una vez hubo comprobado que había sido engañado.

—¡Maldito granuja! Parece que había previsto que un día u otro le podría suceder algo semejante.

—Se impone un viaje, Maitland —señaló suavemente Tucker.

—¡Nada de eso! No podría salir de la Unión como no fuese sin pasaporte; y la vida por esos mundos se me haría punto menos que imposible —respondió el granuja.

Tras una breve pausa durante la cual Tucker tamborileó sobre el tablado superior de la mesa con los dedos, prosiguió diciendo Maitland:

—Además: Está Dave y los otros dos...

—¿Entonces...?

—Encontraré medios de hacerme con eso. Vigilaré a esa chica que se llama Ginny y... Volveré a la casa dentro de unos días, cuando la policía la haya dejado de lado; y la revolveré de arriba abajo si es preciso.

—De acuerdo. Procura no dejarte ver demasiado por el momento.

—Descuida. Tengo que hacer desaparecer eso, o iré a parar a la silla eléctrica. Y no es huyendo como se consiguen los triunfos.

CAPÍTULO XI

Chick, al ver que la puerta resistía a su segundo ataque, se dirigió a Ginny:

—Ve a un teléfono y llama a la policía. Pregunta por la Brigada de Homicidios y trata de comunicar con el sargento Mortensen o el teniente Castle.

—En seguida.

Al quinto envite saltó la puerta, permitiendo la entrada de Chick, el cual descubrió el cadáver de Bradock.

—Era inevitable que le sucediera algo así...

Junto al cuerpo yacente de Percy se hallaba «Priscila», lamiendo una de las manos del que en vida había sido su dueño.

Resultaba un cuadro conmovedor.

El joven se agachó y comprobó bien pronto que Bradock estaba muerto.

—El que ha tirado sabía perfectamente lo que hacía...

Recordó entonces que no se habían producido disparos normales.

—Han empleado silenciador...

Tal idea le hizo fruncir el ceño.

—Silenciador. Exactamente lo mismo que la gente del «gang» de Tucker.

Poco después se reunió nuevamente Ginny con Power.

—Estaban los dos. Dicen que vienen enseguida.

A la chica se le habían saltado las lágrimas. Señaló con uno de sus pies y preguntó:

—¿Muerto?

—Sin solución...

—¡Pobre míster Bradock, tan cariñoso, tan buena persona...!

Chick no quiso sacar a Ginny de su engaño.

Le alargó la gata.

—Ahora tendrás que hacerte tú cargo de «Priscilla».

—Lo haré con mucho gusto.

De otros departamentos del mismo rellano salió gente que se acercó a la puerta del que había sido de Bradock.

Minutos después llegaban el teniente Castle, el sargento Mortensen, un médico y dos auxiliares especialistas en huellas dactilares.

Chick hizo un breve relato de lo que él conocía.

—¿Está seguro de que emplearon silenciador? —preguntó Castle.

—Completamente seguro, teniente.

—Esta gente está empleando el silenciador con demasiada frecuencia.

Mortensen intervino para decir:

—¿Conoce al fulano, teniente?

Antes de que Castle respondiese, Chick aludió con el gesto a Ginny, tratando de hacer comprender a los dos hombres que debían ser cautos al hablar.

Castle preguntó al joven:

—¿Piensa usted que esto puede estar relacionado con lo de Van Loy?

—Yo aseguraría que sí.

El joven se dirigió a Ginny:

—El espectáculo no es agradable y creo que estarías mejor en tu departamento. Llévate a «Priscilla», que luego iré yo para allí.

—¿No me necesitan para nada?

—No. Si te necesitan, yo te llamaré.

—No tardes...

—Descuida...

Cuando Ginny hubo desaparecido, informó Chick a los dos policías:

—Ella le creía un hombre de conducta intachable.

—¿Sabía usted que había sufrido varias condenas por estafa?

—Sé más, sargento. Bradock se dedicaba ahora al chantaje...

—¡Cáspita!

—Yo traté de ponerlo al servicio de la justicia, pero no lo

conseguí.

—¿En qué sentido trató de que sirviera a la justicia?

—Sencillamente. Vigilando a la gente de Maitland hasta que lograra sacar alguna prueba irrefutable contra alguno de los peces gordos...

—La idea no era mala, pero él se negó...

—Se negó, sí. Temía verse envuelto en las redes de la justicia...

—Ese miedo que nos tienen, hace bastante daño. Y no comprendo por qué ha de suceder eso.

—Por una parte, si intervienen en un asunto de éstos, —la policía no puede protegerlos de la venganza de los granujas.

—Cierto —admitió el teniente.

—Por otra parte, se marea demasiado a la gente, haciéndola ir y venir, a veces, para nada. Y en ocasiones, después de que han perdido un tiempo y han arriesgado su vida, los granujas salen absueltos y se burlan de los que actuaron contra ellos. Eso, si no se vengan.

—Cierto también. Lo lamento...

Tras una breve pausa preguntó el teniente:

—¿Por qué sabía usted que se dedicaba Bradock al chantaje?

Chick carraspeó antes de responder:

—¡Cáspita! Porque me hizo chantaje a mí.

—¿Y no lo denunció?

—Me dio lástima. Era un hombre muy considerado...

—¿Y se hicieron amigos?

—Sí; descubrí su guarida y me devolvió de buen grado lo mío. No tuve fuerzas para enfadarme con él.

El joven refirió de manera un tanto humorística lo que había sido su breve amistad con el chantajista, sin omitir que le había salvado la vida cuando el primer atentado contra su coche.

Los dos policías se sintieron ligeramente conmovidos.

—Así, pues, ¿le salvó la vida? —preguntó Castle.

—Sí.

—¿Por qué no denunció el hecho?

—No había pruebas. Y Bradock no hubiese admitido jamás que lo mezclase en cosas en que interviniese la justicia.

—Si hubiese cedido, ahora no estaría muerto —afirmó el teniente.

—Cada cual es como es, teniente. ¿Sabe en qué estoy pensando?

—No es fácil saberlo. Usted tiene también sus cosas, campeón.

—Aparte de que quien asesinó a Bradock usó pis —tola con silenciador, lo mismo que la gente de Tucker, hay otra cosa que los liga.

—Veamos esa cosa.

—Bradock andaba sobre la pista de ellos. Me aseguró que no había sacado fotografía cuando pusieron el explosivo en mi coche porque hubiera tenido que descubrir su presencia. Era de noche...

—Cierto.

—¿No habrá logrado una fotografía definitiva contra ellos, habrá intentado el chantaje y le ha salido mal?

—Es algo en lo que no había pensado. ¿Qué puede ser?

—¿Quién sabe? A raíz del asesinato de Van Loy, Bradock trabajó febrilmente... El asesinato de Van Loy fue de día ya...

—¿En qué está pensando?

—En que Bradock tenía una fotografía que les comprometía de verdad.

—Aquí está todo revuelto. ¿Cree que se la han podido llevar?

—No sé qué decirle. El habrá tomado sus precauciones. Siempre me dijo que si a él le sucedía algo, la persona que tenía el depósito entregaría éste a la policía. Y entonces el criminal pagaría, aunque quedaría mucha gente en evidencia.

—¿Quién puede tener ese depósito? —preguntó el teniente.

—Lo ignoro. El día que me devolvió lo mío, tardó una media hora entre ir y venir. Pero ni siquiera sé si fue a pie o en vehículo.

—Eso reduce nuestras posibilidades.

El fotógrafo de la policía tiró varias placas, casi por pura rutina.

El de huellas dactilares no encontró nada y comunicó:

—Quien haya sido, empleó guantes...

—¿Hizo usted registro? —preguntó el teniente a Chick.

—No. Me limité a abrir la puerta por si estaba aún con vida y le podía prestar algún auxilio.

—El que disparó sabía lo que hacía.

—Eso pensé yo también. Y es un indicio más que revela a los profesionales de la pistola. El «gang» de Tucker.

—No podemos meternos con ellos por falta de pruebas. Tal vez si descubriésemos el paradero de Tucker tendríamos ya un buen

asidero...

Mortensen, Castle y Chick hicieron un nuevo registro. En el laboratorio, Chick descubrió el doble fondo de la cubeta.

Señaló el hallazgo, diciendo:

—Un doble fondo. Ha sido manejado recientemente...

—¿Quién sabe? Tal vez tenía ahí la prueba contra el «gang» y éstos se la han llevado. En fin —prosiguió el teniente—. Es inútil que nos perdamos en especulaciones.

Volvieron a salir.

—¿Van a dejar vigilancia aquí? —preguntó Chick.

—De momento, aunque no sea más que por pura fórmula, sí.

Instantes después entraba en el departamento el fiscal del distrito, y Chick se despidió de los policías.

Se reunió con Ginny que se hallaba sentada en un cómodo butacón de su departamento, acariciando a «Priscilla», la cual estaba acurrucada en su regazo.

La joven, al ver llegar a Chick, dijo:

—Míster Bradock me ha insistido en estos días para que te obligase a casarte conmigo y a que nos marchásemos luego juntos por ahí. Me señaló Europa, Australia, Cuba...

—¿Y tú, qué dices?

—Me gustaría...

—A mí también. Pero antes de largarme quiero dejarlo vengado a él.

—¿Por qué lo han matado, Chick?

—No lo sé —mintió el joven a medias. —No lo sé y me gustaría saberlo.

—Un hombre tan educado, tan bueno, sonriendo siempre, incapaz de hacer daño a nadie...

—A veces, hasta los más buenos tienen enemigos.

Chick se sentó junto a Ginny y le pasó uno de sus brazos por encima de los hombros.

—Sé formal, Chick. Estoy muy apenada y no debes abusar de eso. A fin de cuentas, era la única persona que me quería desinteresadamente...

—¿Es que no me cuentas a mí?

—Lo tuyo no es tan desinteresado, Chick. Tengo que estar cortándote continuamente las alas.

—¿Sabes si él tenía algún amigo íntimo?

—No sé. Hablaba poco de sus cosas. Sé que estaba muy relacionado, pero nada más. Le gustaba interesarse por los problemas ajenos y si podía, los solucionaba...

—No hay duda que era un tipo magnífico. Yo le debo la vida —aseguró Chick.

—A ti te apreciaba bastante. Pero me dijo que debía tener cuidado contigo, que las mujeres te mimaban demasiado.

—No hagas caso, cariño. He podido ir de una a otra porque ellas no merecían otra cosa. Tú eres diferente a todas ellas y el plan no puede ser el mismo.

La atrajo contra sí y la besó dulcemente.

—No tardará en llegar el tiempo en que solamente bailarás para mí —manifestó Chick.

* * *

Maitland y sus muchachos, empleando en ello el máximo de discreción, habían vigilado durante varios días a Ginny.

Por medio de un policía privado, Tucker había indagado y sabía perfectamente que al viejo Bradock no se le conocía más amistad antigua que Ginny, y que últimamente había entrado Chick en el reducido círculo.

Las investigaciones oficiales en torno al asesinato de Van Loy y al de Bradock, proseguían sin resultado positivo alguno.

En cuanto a Budy Taylor, el organizador, y Duncan, el «manager», se sabía de ellos que estaban en Europa y Australia respectivamente, para contratar púgiles que pudiesen interesar.

En, cuanto a Clive Greenwood había dejado sus vacaciones en Florida para marchar a Cuba en «viaje de negocios».

Por su parte, Soy Tucker, seguía sin dar señales de vida, aunque los abogados de Greenwood trabajaban el asunto de la pistola encontrada sobre el guardabarros de un coche policial, en relación con los proyectiles encontrados en el cuerpo del hombre de la cabeza machacada.

Una semana más tarde del asesinato de Bradock, Maitland, vestido con una sencillez que no era corriente en él, se dejó ver por las proximidades de la casa en donde habitaba Ginny.

Conocía perfectamente las costumbres de la joven y sabía que no tardaría en descubrirla al salir del «drug-store», en donde ella hacía su compra todos los días, cuando regresaba de la academia de baile.

Había el inconveniente de que en ocasiones la acompañaba Chick. Pero eso no sucedía todos los días, y Maitland estaba dispuesto a aguardar el día en que Ginny regresase sola de la academia.

Maitland había sido informado también de que había sido retirada la vigilancia del departamento de Bradock, y eso siempre resultaba tranquilizador, aunque no pensaba ir a él.

Al fin descubrió a Ginny que salía del «drug-store».

La muchacha, tanto por lo del asesinato de Bradock como por sus relaciones con el famoso pugilista, era por aquellos días la persona sobresaliente de la calle.

Aquel día la pararon a la puerta del establecimiento dos mujeres, y a poco se agregaron al grupo dos periodistas bisoños.

Le hicieron preguntas a las que Ginny respondió:

—Sí, yo llegué al departamento de míster Bradock cuando él estaba luchando con el asesino. Aún pudimos oír sus voces pidiendo auxilio...

—¿Y por qué no se lo prestaron? —preguntó uno de los periodistas bisoños.

—Había un pequeño inconveniente. La puerta estaba cerrada y no disponíamos de un «bazooka» para abrirla.

Rieron todos, mientras que el bisoño enrojecía hasta las orejas.

—¿Es cierto que le acompañaba Chick Power, el pugilista?

—¡Es cierto! Era muy amigo de Bradock.

—¿Y él no pudo derribar la puerta?

—Fue lo que hizo; pero él no es un «bazooka» y tuvo que atacarla cuatro o cinco veces...

—¿Y fue entonces cuando huyó el asesino?

—Es la idea que tenemos, porque no lo encontramos dentro; estaba abierto un ventanal y se podía apreciar claramente que había sido empleada la escalera de emergencia.

Los fotógrafos de Prensa se dispusieron a fotografiarla. Le pidieron permiso.

Ginny respondió airosa:

—¡Todas las «fotos» que quieran! ¿Estoy bien así? Yo soy muy

fotogénica, ¿saben?

Adoptó graciosas posturas que ponían de relieve su hermosura.

Cuando terminaron los reporteros gráficos, se dirigió a los redactores.

—Soy bailarina profesional y voy aún a la academia. Mi idea era ser artista de cine. Pero Chick Power quiere casarse, conmigo, y creo que me decidiré por él...

Continuaron unos minutos hasta que se retiraron los periodistas y Ginny emprendió el camino a su casa.

Fue cuando Maitland se acercó a ella con un block de papel y un bolígrafo en las manos.

El joven se quitó el sombrero para saludar, diciendo luego:

—Si no le molesto. No he querido mezclarme con esos escandalosos bisoños...

—¿Usted también es periodista?

—Sí. Y mis fotografías y mis artículos llegan a todo el mundo, sin olvidar Londres, París, Roma, Madrid y Hollywood...

—¡Estupendo! Aunque yo, en realidad, no pienso ser artista...

—¿Por qué?

—Voy a casarme con Chick Power...

—¿El pugilista?

—El mismo...

—Ésa puede ser una buena propaganda para usted. Joven y linda artista que abandona por formar un hogar. Dice que prefiere cuidar a su futuro marido, el famoso peso medio Chick Power...

—¿Sabe que eso suena bien?

—Naturalmente. Yo no soy un bisoño. Eso sería una buena propaganda y, ¿quién sabe? Hay artistas que trabajan después de casadas, y otras que se tienen que divorciar y volver al trabajo.

—Yo no me divorciaré jamás, Chick es el mejor hombre del mundo.

—Yo no lo dudo y les deseo muchos años de felicidad. Pero ¿quién sabe lo que puede suceder?

—Tiene razón...

—¿Así, pues, usted y míster Bradock eran buenos amigos?

—¡Naturalmente! ¿Y quién no podía ser amigo de míster Bradock? No comprendo que haya gente con las entrañas tan negras como para haberlo matado.

—El vivía solo, parece que no tenía familia ni amigos...

—No sé... Yo lo cuidaba lo que podía. Lo miraba como a un padre. El, en cambio, confiaba en mí, y yo le guardaba sus recuerdos de familia.

Maitland sufrió una pequeña crispación. Y dijo tan pronto se repuso:

—¡Muy interesante! Y usted habrá entregado esos recuerdos a la policía.

—¡Oh, no! Los guardaré como recuerdo. Puede aparecer algún familiar reclamándolos. Y en todo case, Chick Power es sobrino lejano de él y tiene más derecho que nadie a conservarlos.

—¿Se los dio ya al campeón?

—¿Para qué, si vamos a casarnos?

—¿Tiene inconveniente en que le haga algunas fotografías en su casa, en su ambiente natural?

—¡Oh, no, ningún inconveniente!...

Subieron, charlando, sin prisas, bromeando Maitland.

Una vez arriba intentó el gángster cerrar la puerta del departamento, pero Ginny se opuso.

—¡Oh, no! Debe dejar abierto. La gente murmuraría si se diese cuenta de que me encerraba aquí con un desconocido. Y se darían cuenta.

—Como quiera... ¿Por qué no me enseña esos «recuerdos»?

—¡Lo siento, míster, pero él me dijo que eran cosas íntimas! Ni siquiera yo los he visto, ¿comprende? Y no los puedo enseñar...

Maitland sacó rápidamente una pistola con la cual encañonó a Ginny.

—Silencio, muchacha. Los va a sacar inmediatamente... De lo contrario, la mataría, y yo los encontraría.

Señaló el gángster para la pistola y dijo:

—No la podrían auxiliar. Lleva silenciador, y ni se enterarían si disparase...

Ginny dijo con voz bronca:

—Ahora comprendo. Usted es el asesino de míster Bradock...

—Yo u otro, ¿qué importa? Piense que puedo ser el suyo.

CAPÍTULO XII

Se produjo un tenso silencio.

Ginny comprendió que, entregase los recuerdos o no, el fulano que estaba ante ella la asesinaría.

Tragó saliva, dirigió una mirada a la puerta entreabierta y luego negó con la cabeza.

—No los entregaré.

—Peor para ti, muchacha. Yo los tendré de todas maneras, mientras que tú irás a reunirse con el «bueno» de Bradock...

—Un día u otro ha de tocar...

Maitland comenzó a retroceder sin perderla de vista, dispuesto a cerrar la puerta.

Ginny intentó ganar tiempo y dijo:

—¿Si le entrego eso no me matará?

—Naturalmente que no. ¿Por qué había de matar a una chica tan linda como tú?

«Priscilla» salió del interior del departamento, y al descubrir a Maitland arqueó el lomo, sacó las uñas, y todos sus pelos se pusieron de punta.

Ginny, que observó el fenómeno, señaló para el animal.

—¡No hay duda que fue usted el asesino! «Priscilla» lo ha conocido... —dijo la linda pelirroja.

La pistola de Maitland se movió en dirección a la gata, pero fue solamente un instante.

El gángster dijo:

—¡Bah! No voy a complicar las cosas matando al animal. Ningún jurado lo admitiría como testigo...

—¿Quién sabe? Ella es un animal tranquilo y una actitud violenta hacia usted es una acusación clara...

—Estamos perdiendo demasiado tiempo. Dejémonos de tonterías y vamos a por los «recuerdos».

Ginny decidió separar al granuja de la puerta y respondió:

—Está bien, vamos. Y procure que no le vuelva a echar la vista encima...

—Descuida, angelito. Y eso que es una verdadera lástima, porque eres un verdadero bombón.

—Pues límpiese, que está de huevo.

—Dejemos eso. Los «recuerdos».

—Los tengo en mi alcoba. Si aguarda un momento...

—Nada de aguardar. Voy contigo para allá.

Ginny comenzó a retroceder sin separar la vista de la pistola que empuñaba Maitland.

—¿Es cierto que lleva silenciador? —preguntó al fin.

—¿Es que no lo ves? No trates de ganar tiempo haciendo preguntas tontas.

Maitland comenzaba a sentirse irritado y un tanto inquieto.

Había seguido el desplazamiento de la muchacha y cuando ella entró en la alcoba, él se mantuvo, en la puerta, vigilando a la joven y vigilando al mismo tiempo la entrada del departamento.

Vio que ella registraba en un armario y la advirtió:

—No intente sacar un arma. Le saldría caro.

—¿Cree que soy un pistolero? No tengo armas...

Sacó Ginny una caja de hierro envuelta en un paño y adelantó con ella en dirección a Maitland, quien retrocedió a su vez.

—Lo malo para usted es que no tengo la llave.

—No te preocupes, pequeña. Nosotros no nos paramos por llave más o menos.

Ginny adelantó, alargando la caja con las dos manos.

Maitland, sin dejar de encañonar a la muchacha, adelantó la mano libre para hacerse con la caja.

De improviso la lanzó contra la mano de Maitland que empuñaba la pistola.

Hizo fuego el gángster, pero el disparo salió desviado por el golpe, clavándose en el suelo.

Antes de que pudiese rehacerse, saltó Ginny contra el hombre, derribándolo con el fuerte impulso.

Maitland, al caer, dejó escapar la pistola y se golpeó en la

cabeza con una banqueta.

A pesar de ello se revolvió como un rayo y volvió a empuñar la pistola.

En el mismo momento se produjo un crujido en la puerta del departamento.

Chick, que llegaba corriendo, la había abierto de golpe.

E inmediatamente, tan pronto se hizo cargo de la situación, saltó como un tigre, cayendo sobre Maitland cuando ya éste había logrado empuñar el arma.

Disparó sus pies el gángster y lastimó a Chick, pero éste no se conmovió.

Había aferrado el joven al granuja por la muñeca y le sometió el brazo a una ruda torsión que le obligó a soltar la pistola, a tiempo que aullaba de manera escandalosa.

Giró Maitland, demostrando una fuerza poco común, tratando de dominar al joven; pero éste disparó sus pies y Maitland salió lanzado por el aire, chocando violentamente contra un butacón, que crujió al terrible impacto.

Maitland, aturdido como estaba a consecuencia del golpe, echó mano, instintivamente, a su navaja automática, e hizo presión sobre el muelle, que puso al aire la acerada hoja.

Chick se disponía a saltar y el gángster, intuyendo el salto, se dispuso a recibirlo con el arma blanca.

Ginny gritó advirtiendo.

Chick, por su parte, empuñó una banqueta y la lanzó violentamente contra su enemigo.

Éste giró para esquivar el improvisado proyectil, que aún le alcanzó en un hombro.

Detrás de la banqueta saltó Chick que sujetó el brazo armado de Maitland con una mano, mientras que con la otra mano lo aferraba por la nuca.

La cabeza del gángster, impulsada por Chick, entró en violento choque con el suelo una y otra vez.

Reventaron los labios y la nariz de Maitland, el cual se resistió aún.

Chick gritó:

—¡Suelta la navaja y entrégate!

—¡No me entregaré! ¡A mí los míos!

Ginny, por temor a que acudiesen algunos gangsters, corrió hasta la puerta y la cerró.

El joven pugilista, sin soltar la mano en que Maitland empuñaba la navaja, le colocó una de las rodillas sobre los riñones, y aferrándolo del cuello, lo obligó a arquearse hacia atrás.

El gángster gritó desesperadamente y al fin, vencido por el dolor, no tuvo más remedio que soltar la navaja, quedando luego inmóvil, dando la sensación de un muñeco desarticulado.

Lo apartó Chick del lugar en que había el arma blanca, lo obligó a levantarse y aún le asestó otro golpe que lo derribó fuera de combate.

Tan pronto lo tuvo fuera de combate, Chick se ocupó de amarrarlo bien de pies y manos, colocándole además una mordaza para que no pudiese llamar a sus compinches en su auxilio.

Se dirigió a Ginny:

—No toques nada, querida.

La sugestiva pelirroja, después del miedo que había pasado, adelantó con los brazos abiertos y se arrojó en los de Chick.

—Ha sido horrible. Por un momento temí que te iba a matar.

—No pienses en eso y aprieta, nena; de verdad que no me cambiaría ahora por un rey.

—Bailaré para ti solo... —murmuró ella en su oído.

—Para luego es tarde...

—Ahora no podría. Creo que este asunto está concluido. Primero nos tenemos que casar, querido.

—¿Qué tiene que ver el matrimonio con el baile?

—Yo me entiendo, querido. Bailaré para ti sólo la danza de los siete velos...

—¡Mi madre! Pienso que eso va a ser algo estupendo y no estoy dispuesto a perdérmelo.

—¿Creo que no te lo debes perder...?

—¿Y no me puedes hacer un adelanto?

—Nada de adelantos, Chick. En estas cuestiones soy de las que dicen: todo o nada...

—Puede que tengas razón; pero te aseguro que le cuesta a uno desprenderse de ti...

A pesar de ello la desenlazó y se dejó caer luego en un butacón.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ginny.

—Voy a llamar por teléfono a Mortensen y al teniente Castle. Tengo la impresión de que este fulano es la clave de todo.

—¿Para qué querría los recuerdos familiares del pobre míster Bradock?

—Es algo que tenemos que ver aún, aunque lo imagino. ¿Tienes tú una llave de esa caja de hierro?

—No.

—Dime otra cosa. ¿El día que Percy me entregó aquel recuerdo familiar, vino aquí a por él?

—¡Sí! Lo sacó de la caja...

—¡Vaya! Yo creí que había tenido que ir a otro sitio a por él. Tardó bastante en llegar.

—Estuvo charlando aquí conmigo. A él le gustaba mucho hablar. Me preguntaba cosas mías, de mis compañeras... Se interesaba si alguna de ellas tenía algún lío...

—En particular, si era con algún fulano importante...

—Sí. Tenía lo suyo de picarón, ¿comprendes?

—Comprendo perfectamente —respondió recordando la fotografía que le había sacado junto a Joyce, valiéndose del teleobjetivo.

Chick se dirigió al teléfono y marcó el número de la central de policía, diciendo cuando obtuvo comunicación:

—Con la Brigada de Homicidios. El teniente Castle e el sargento Mortensen. De parte de Chick Power.

Instantes después hablaba con el teniente Castle.

—¿Alguna novedad, Power?

—Aquí tengo un pajarito que se llama Kirk Maitland. ¿Le interesa?

—¿Dice que...?

—Doble intento de asesinato. En mi poder una navaja y una pistola disparada, que seguramente llevarán sus huellas dactilares...

—¿En dónde está, Power?

—¡En el departamento de la señorita Davies, en el mismo edificio en donde asesinaron a Bradock!

—¡Vamos enseguida para ahí! Mortensen está aquí a mi lado, como sobre ascuas.

—Les aguardo. ¡Ah! Traigan las llaves que hayan podido encontrar sobre el cadáver de Bradock. Es muy importante.

—No faltarán las llaves. Hasta ahora mismo.

—O. K.

Colgó Chick el micro-auricular y sonrió a Ginny.

—Cada día estás más hechicera, Ginny. Si las cosas son como imagino, nos casaremos esta misma noche. Yo tengo ya mi licencia.

—Yo no me opondré a ella, si es ésa la esperanza que tienes —respondió.

—Estoy satisfecho de poderme casar contigo.

—¿Cómo has podido llegar tan a tiempo?

—Desde la muerte de Bradock, imaginaba que ellos no dejarían esto de la mano, y que tendrían que volver. Estaba seguro de que habían fracasado.

—¿De qué se trata?

—Ya lo verás... El caso es que comencé a rondar por estos alrededores y no tardé en descubrir que gente de la banda de Tucker estaba interesada en este barrio. Después se fue perfilando la cosa. Era esta casa y eras tú quien les interesaba...

—Así pues, ¿estabas rondando?

—Sí. Descubrí a Maitland antes de que —se acercase a ti. Y luego resultó fácil seguiros una vez que burlé a su gente...

Se acercó Chick a Ginny y la enlazó por la cintura.

—Tienes un lindo talle.

—Eres un cobista... Pero te quiero.

—Y eso que en el primer momento te resulté antipático.

—Nada de eso. Te tomé manía cuando supe que perseguías a míster Bradock, pero cuando te vi asomar, me quedé sin respiración...

—Es lo mismo que me sucedió a mí... Y estuve a punto de estallar de la presión. Menos mal que al silbar pude soltar el aire.

—Pues procura no silbar cuando me veas bailar...

Poco después llegaban el teniente Castle y el sargento Mortensen.

Maitland había vuelto en sí y en su presencia les refirió Chick a los policías lo sucedido.

Luego pidió:

—¿Quiere darme las llaves de Bradock?

—Eso es algo que le corresponde hacer a la policía.

—¡Estoy de acuerdo! Pero éstas son unas circunstancias

extraordinarias. Les prometo entregarles todo lo que se refiera a cosas de tipo criminal.

—Está bien. A fin de cuentas, le debemos bastante a usted.

Chick tomó las llaves, eligió la que consideró adecuada y abrió la caja de hierro.

Estaba llena de sobres muy semejantes al que Bradock le había entregado a él.

Ginny contempló todo aquello con expresión de asombro.

Chick se dirigió a ella:

—Ginny. Ve preparando el almuerzo si hemos de almorzar aquí. Y si prefieres que vayamos a un restaurante, ve vistiéndote. Ponte bien elegante, nena.

Comprendió la pelirroja, la cual dejó solos a los hombres.

Chick encontró pronto el sobre que correspondía al asunto del asesinato de Van Loy. Extrajo del mismo la fotografía y el negativo y, tras un rápido examen, se lo tendió al teniente.

—Ahí tiene. La cosa no ofrece duda alguna.

—Ninguna duda. Maitland disparando y Dave al volante. A los otros dos fulanos, aunque, en segunda término, los conozco también.

—Y no hay duda ninguna que ése es Van Loy.

—Ninguna duda —respondió el teniente... ¿Cómo pudo obtener Bradock estas fotografías?

—Imagino que a raíz de la primera intentona en contra mía, les siguió dispuesto a aprovechar la primera ocasión. Posiblemente estaría cerca, escondido en algún automóvil... Además, sabía usar perfectamente el teleobjetivo. Y como a esa hora había suficiente luz...

El teniente Castle guardó la fotografía y el negativo, así como la pistola y la navaja que Maitland había empleado, llevándose también para su análisis microscópico, el proyectil que había sido disparado.

—¿Pasaré a vernos, Power? Habremos de hacerle algunas preguntas.

—Pasaré esta tarde.

Los policías se llevaron a Maitland, dejando solos en el departamento a los dos jóvenes.

Chick fue examinando uno por uno los sobres que habían

quedado en la caja de hierro.

Encontró una serie de comprometedoras fotografías, cuya publicación hubiese levantado una verdadera tempestad en la que se hubiesen visto envueltos tanto caballeros como damas que pasaban por respetabilísimos, y cuyas debilidades había logrado captar Bradock con su cámara fotográfica, ayudado por el teleobjetivo.

Chick fue quemando fotografías y negativos, pensando en el respiro que iban a tener las personas afectadas.

—Espero que sabrán aprovechar la lección para no meterse en más aventuras escabrosas.

Cuando salió Ginny vestida para salir, no preguntó nada referente a la actividad de Chick, que estaba bien patente.

—He creído que debía quemar toda esta serie de recuerdos familiares.

—Cuando tú lo has hecho, supongo que habrá sido lo mejor...

—Puedes estar segura de ello.

—Vamos cuando quieras...

Antes de salir, Chick volvió a abrazar estrechamente a Ginny, que había servido para ligarle a aquel asunto.

Aquella misma noche, los dos jóvenes contraían matrimonio en la más rigurosa intimidad.

Epílogo

Maitland no tuvo más remedio que confesar, sobre todo cuando se demostró que la bala que había disparado en el departamento de Ginny, correspondía a una de las pistolas que habían intervenido en el asesinato de Van Loy.

Gracias a él fue capturado Tucker, acusado de asesinato de su propio compañero.

En las declaraciones aparecieron como verdaderos jefes del grupo criminal, Buddy Taylor y Clive Greenwood, para quienes fue pedida y obtenida la extradición.

Poco después se vio el juicio contra todos los culpables. Y tanto Maitland como Tucker fueron a parar a la silla eléctrica.

El ambiente boxístico se saneó, y Chick Power, una vez casado, pudo proseguir limpiamente su triunfal carrera.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias), (España), 1911 - Valencia (España) 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monteroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.